

MADRE TRINIDAD DE LA SANTA MADRE IGLESIA
Fundadora de La Obra de la Iglesia

*Cristo crucificado,
víctima de redención*

* * * *

*El Misterio trascendente de la Fe,
iluminado por los dones
y frutos del Espíritu Santo,
nos repleta de esperanza,
haciéndonos vivir en luz amorosa
de penetrante sabiduría
el dogma riquísimo
de nuestra Santa Madre Iglesia*

* * *

Jesús en la falda del monte

* *

*“Dios mío, Dios mío,
¿por qué me has desamparado...?”*

*

*¡Bienvenido sea el Hombre
al Seno del Padre!*



Editorial Eco de la Iglesia

10-2-2001

GRANDEZA INSONDABLE Y TRASCENDENTE DEL MISTERIO DE LA FE

2ª EDICIÓN

Nil obstat: Julio Sagredo Viña, *Censor*
Madrid, 5-3-2001

Imprimase: Joaquín Iniеста Calvo-Zataráin
Vicario General

Separata de libros inéditos de la Madre Trinidad de la Santa
Madre Iglesia y de los libros publicados:

“VIVENCIAS DEL ALMA” y “FRUTOS DE ORACIÓN”

1ª Edición: Marzo 2001

© 2001 EDITORIAL ECO DE LA IGLESIA, S. L.

LA OBRA DE LA IGLESIA

MADRID - 28006

C/ Velázquez, 88

Tel. +34 91 435 4145

ROMA - 00149

Via Vigna due Torri, 90

Tel. +39 06 551 4644

E-mail: informa@laobradelaiglesia.org

<http://www.laobradelaiglesia.org>

ISBN: 84-86724-16-3

Depósito legal: M. 13.004-2001

Ahondada penetrativamente en el pensamiento divino, abismada en su profundidad y adentrada en su trascendente, infinito y eterno misterio; necesito, del modo que le sea posible a la pequeñez de mi nada y la pobreza de mi ruindad, expresar algo de lo que mi alma, trascendida a la excelencia del Infinito Ser, bebiendo en los raudales de su eterna sabiduría, descubre de las donaciones de Dios a su Iglesia; las cuales se nos comunican a través de su dogma riquísimo por el misterio de la fe, sublimada por la esperanza y encendida en el amor;

bajo el impulso de Dios que me lanza a expresar del modo que pueda lo que pone en mi alma, y voy recibiendo con corazón sencillo y espíritu abierto en la sapiencia de su coeterna e infinita voluntad durante mis largos ratos de oración, especialmente cerca del Sagrario junto al Dios del sublime Sacramento.

Para que manifieste cuanto, entre esplendores de santidad o en noches cerradas de profundos y desgarradores Getsemaní, el Infinito Ser, poniéndome a la Fuente del engendrar divino, me hace escuchar, recibir y proclamar, im-

primiéndolo en lo más profundo de la médula de mi espíritu, de los misterios divinos;

y que, por medio de la Palabra infinita del que Es, se nos manifiestan en y a través de la Santa Madre Iglesia con corazón de Padre, expresión de infinitos cantares del Verbo, bajo el amor candente y subyugante, en profundo y amoroso saboreo, del Espíritu Santo.

Experimentando el néctar riquísimo de su misma Divinidad, que me hace adherirme por mi vida de fe, llena de esperanza y repleta de caridad, al mandato del Padre, cuando «en la montaña sagrada desde la magnífica gloria se hizo oír aquella voz que decía: “Éste es mi Hijo muy amado en quien tengo mis complacencias; escuchadle”»¹.

Y así el Excelso Ser, ante la recepción de nuestras vidas en adhesión a su voluntad infinita y coeterna, sea más conocido, amado y buscado; no teniendo que escucharse ya en la tierra las dolorosas palabras de la Sagrada Escritura:

«Vino a los suyos y los suyos no le recibieron»²; «Busqué quien me consolara y no lo hallé»³; porque buscó quien le escuchara, le comprendiera y le recibiera y no lo encontró, del modo y de la manera que el divino Maestro necesita comunicarse a los que ama.

Y así podamos llegar a llenar el fin supremo, inimaginablemente maravilloso, al que nos destinó el Coeterno e Infinito Seyente, al crearlos a su imagen y semejanza, sólo y exclusivamente para que le poseyéramos.

¹ Mt 17, 5

² Jn 1, 11

³ Sal 68, 21

El cual, por Cristo, a través de María, y en el seno anchuroso de la Santa Madre Iglesia, dándonos en expresión infinita de sabiduría amorosa, con el derramamiento de todos sus dones y frutos, nos conduce a la consecución, según el designio de su infinita voluntad, de que seamos, por Cristo, con Él y en Él, hijos suyos, herederos de su gloria y partícipes de la vida divina.

Aquí en fe, más o menos saboreable, según la adhesión de nuestro espíritu a las palabras del divino Maestro; y al designio de Dios en derramamiento amoroso recayendo sobre el hombre, para que cada uno, siendo miembro vivo y vivificante del Cuerpo Místico de Cristo, llene su peculiar vocación dentro del Pueblo de Dios; pues como dice el Apóstol: «a cada uno se le otorga la manifestación del Espíritu para común utilidad»⁴.

Jesús, al fundar su Iglesia, se dijo a ella en un dicho de amor tan divino y maravilloso, que, al que es la Palabra infinita del Padre, no le quedó nada por decir.

Porque tan sobreabundantemente lo realizó, que manifestó a sus Apóstoles: «Ya no os llamo siervos, porque el siervo no sabe lo que hace su señor: a vosotros os llamo amigos; porque todo lo que he oído a mi Padre os lo he dado a conocer»⁵.

Enviándoles después por todo el mundo a predicar el Evangelio: «Id y haced discípulos a

⁴ 1Cor 12, 7

⁵ Jn 15, 15

todos los pueblos, bautizándolos en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo; y enseñándoles a guardar todo lo que Yo os he mandado»⁶. «El que crea y se bautice se salvará; el que se resista a creer será condenado»⁷.

¿Qué puede faltarle a la Iglesia, Esposa de Cristo, que no tenga, y qué pudo decirle que no le dijera para que lo manifestara, El que, siendo la Palabra infinita del Padre en dicho amoroso de divinos y sustanciales cantares, se entregó por ella con todo el fruto de su redención; y amándola hasta el extremo y hasta el fin se quedó con la Madre Iglesia para que no le quedara nada por decirle ni donarle?: «Yo estoy con vosotros siempre hasta la consumación del mundo»⁸.

Por lo que, en el seno de la Santa Madre Iglesia, nadie tiene nada nuevo que decir; pues, por medio del misterio de su Encarnación, vida, muerte y resurrección, Cristo lo manifestó y dijo todo a la humanidad por y a través de ella; depositando en el seno de la Santa Madre Iglesia, divina y divinizada, Nueva y Celestial Jerusalén, todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios, contenidos y remansados en su ánfora preciosa, repleta de Divinidad, con el mandato de Cristo de comunicarlo a los hombres de todo pueblo, lengua, raza y nación.

Siendo la Iglesia la mina riquísima que encierra en sus entrañas de Madre universal al mismo Dios, viviendo en ella, y haciéndola templo

⁶ Mt 28, 19 s

⁷ Mc 16, 16

⁸ Mt 28, 20

y morada del Altísimo; en manifestación esplendorosa, llena de sabiduría y amor, de la voluntad del Padre que, en expresión divina y humana, por su Verbo Encarnado, se nos da bajo el impulso avasallador del Espíritu Santo, que nos envía como mensajeros en proclamación de su mensaje con ocasión y sin ella.

Cristo hizo a su Iglesia, con Él y en Él, Palabra viva que expresa a Dios y Camino que nos manifiesta la Verdad y nos conduce al Mañana luminosísimo y gloriosísimo de la Eternidad, donde nuestra esperanza quedará cumplida y repleta en la posesión del amor perfecto y acabado que nunca se termina, porque pasó el tiempo y llegó el fin.

Y allí, en el día luminoso y sin ocaso del encuentro definitivo con Dios, viviremos para siempre «trasformándonos de claridad en claridad en su misma Imagen»⁹, y siendo «semejantes a Dios porque le veremos tal cual es»¹⁰ en compañía de los Ángeles y de todos los bienaventurados;

abrasándonos en un acto de amor puro ante la posesión del Bien único y supremo, dando gloria al Padre, gloria al Hijo y gloria al Espíritu Santo;

en disfrute dichosísimo y gloriosísimo del mismo Dios que, introduciéndonos en la recámara recóndita de sus Bodas eternas, es el único capaz de llenar todas las exigencias y apertencias del corazón del hombre con la saciedad

⁹ 2Cor 3, 18

¹⁰ 1Jn 3, 2

infinitamente sobrepasada y eternamente poseída por la participación de su misma vida divina.

Por medio del Sacramento del Bautismo pasamos a ser hijos de Dios, templos vivos del Espíritu Santo. Viviendo, en nuestro peregrinar por el destierro hacia la Casa del Padre, un traspaso de Eternidad por medio de la fe. La cual, si nos adherimos a ella con amor, lleno de esperanza, nos va preparando a la consecución del fin esencial para el cual hemos sido creados, y único capaz de saciar nuestras hambres de felicidad, de amar y de ser amados, de poseer, ¡en posesión del Infinito Ser!, infinitamente transcendidos ante la perfección del que se es, sido y estándoselo siendo en sí, por sí y para sí, el Eterno Seyente en repletura coeterna e infinita de Divinidad.

Que, en derramamiento de amor misericordioso, en y a través de la Santa Madre Iglesia, no sólo se viene a morar en cada hombre por la gracia santificante –ya que «el que me ama guardará mi palabra, y mi Padre le amará, y vendremos a él y haremos morada en él»¹¹–; sino que, levantándonos a la excelencia de su Alteza, nos hace acercarnos «al monte Sión, a la Ciudad del Dios vivo, a la Jerusalén Celestial, a las miríadas de Ángeles, a la asamblea festiva, a la congregación de los primogénitos que están inscritos en el Cielo y a Dios, juez de todos, y a los espíritus de los justos perfectos y al Mediador

¹¹ Jn 14, 23

de la Nueva Alianza, Jesús, y a la aspersion de su sangre»¹².

Por ello el que tenga hambre y sed de amor y de ser amado, de riqueza, de hermosura, de posesión, y de felicidad...; todo aquel que apeetece sin encontrar lo que busca, que venga al seno de la Santa Madre Iglesia, repleta y saturada de Divinidad; que en ella Dios nos abre los afluentes de los Eternos Manantiales, y por ella, «en su luz veremos la Luz»¹³ que Cristo nos trajo siendo la «Gloria de Israel y Luz de los gentiles»¹⁴.

Todo el que quiera recibir el mensaje de vida eterna que Cristo nos vino a comunicar, tiene que ir a beber en los afluentes torrenciales de la Madre Iglesia; y allí y desde allí, recogiendo del costado de Cristo todos los tesoros de la sabiduría y ciencia de Dios que se derraman a borbotones sobre la Santa Madre Iglesia, repletándola en saturación, los esparza por todo el mundo para que «el conocimiento de Dios llene la tierra, como llenan las aguas el mar»¹⁵.

¡Iglesia mía...! ¡Qué hermosa eres...! ¡Eres «Jardín florido», Iglesia mía, «huerto cerrado, fuente sellada!» «Tus ojos son palomas, vistos a través de tu velo». «Eres toda hermosa, amada mía. No hay tacha en ti»¹⁶.

¡¿Qué pudo Dios darte que no te diera ni regalarte que no te regalara, cuando el mismo Dios

¹² Heb 12, 22 ss ¹⁴ Lc 2, 32

¹³ Sal 35, 10 ¹⁵ Is 11, 9

¹⁶ Cant 4, 1.7.12

se desposó contigo «en justicia y amor», metiéndote en el recóndito de su Pecho bendito y quedándose a morar en tu seno de Madre para que le manifiestes; de forma que tu real Cabeza, tu gloria, tu corona y tu Palabra, es el mismo Verbo Infinito del Padre, Encarnado, Expresión Cantora de las eternas perfecciones; siendo el amor en que te abrasas el mismo Espíritu Santo, que te tiene encendida «ya que tus mejillas son como la grana»¹⁷, ¡oh Ciudad Santa, Nueva y Celestial Jerusalén! en las letificantes llamas del ímpetu infinito de sus amores eternos?!

Por lo que es necesario, que abramos nuestro corazón, para vivir bebiendo de los Eternos Manantiales, a todas las palabras –remansadas en el seno de la Iglesia– pronunciadas desde la creación del mundo por el que es el Principio y el Fin, el Alfa y la Omega, a través del Antiguo Testamento; mediante el cual Yahvé nos fue preparando como único Dios verdadero, a la venida de su Enviado Jesucristo; el Hombre Dios, el Cordero degollado, único capaz de abrir el libro y soltar sus siete sellos: «porque fuiste degollado y con tu sangre has comprado para Dios hombres de toda tribu, lengua, pueblo y nación y los hiciste para nuestro Dios reino y sacerdotes, y reinan sobre la tierra»¹⁸.

Pues mediante el derramamiento de su sangre para la restauración y salvación de la humanidad, Cristo repara la Santidad del Dios tres veces Santo, Rey de Reyes y Señor de los que

¹⁷ Cant 4, 3

¹⁸ Ap 5, 9-10

dominan, ofendida por el hombre; uniendo a la humanidad caída con la infinita Santidad del que Es, por la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la Persona del Verbo en matrimonio indisoluble de amores eternos: «con amor eterno te amé»¹⁹.

Para que, por la plenitud del Sacerdocio de Cristo, siendo tan hombre como Dios y tan Dios como hombre, en derramamientos de sus dones eternos, levantara a los hombres a la dignidad de poder llegar a ser, según el pensamiento divino, hijos de Dios en su Unigénito, y coherederos de su gloria en participación de gozo dichosísimo y eterno de su misma vida divina: «¡Feliz culpa que nos mereció tal Redentor!»^{19 bis}

Bullen en mi mente
bellos pensamientos,
ternuras inmensas,
coloquios de amor,
ante el gran misterio,
sublime y excelso
de Dios hecho Hombre
y el Hombre que es Dios.

El cual levantara
por la plenitud
de su Sacerdocio
al hombre caído
en su postración,
a sublimidades
de tanta clemencia

que hizo posible
su restauración.
¡Potencia potente
de Dios hecho Hombre
en derramamiento
de su compasión!,
que busca salvarnos
por la gran potencia
plena de excelencia
y la excelsitud
de su perfección:
¡Dios que gime y llora,
envuelto en pañales,
que muere sangrando
como Redentor...!

¹⁹ Jer 31, 3

^{19 bis} Pregón Pascual

¡Misterio infinito!
que, en sus teclares,
va manifestando
la gloria de Dios;
de Aquel que, en la altura
de su poderío,
es Amor que ama
y es Amor que puede
por su perfección,
y Amor que se entrega
en dicho de amores,
que muere sangrando
en crucifixión.

Delirios divinos
entre Dios y el hombre,
romances eternos
de conversación...;
misterios que encierran
cómo Dios nos ama
desde la excelencia
de su perfección.

Y mi alma adorante
toda reverente,
en su postración
responde al Eterno
ante la excelencia
de la cercanía
del paso de Dios,
del modo que puede
desde su bajeza
de anonadación.

Proclama, alma mía,
todos los cantares
que, en la hondura honda
del seno de Dios,
Él manifestara
a tu ser henchido,
cuando me enviara
a manifestarle
en proclamaciones
de su perfección.

Mi alma silente,
escucha adorante
al Verbo infinito
del Engendrador,
que pone en mi boca
sus dulces acentos
que he de repetirlos
con mi pobre voz,
sólo como el Eco
de la Madre Iglesia,
rompiendo en cantares
de proclamación;

clamando a los hombres
llena de penares
por la vehemencia
del que me envió;

buscando tan sólo
en mi pobre vida,
con mi pobre acento
y en cada momento
ser gloria de Dios;

Corriendo a buscarlos, hondo y palpitante:
llena de añoranzas,
para presentarles
ante su Amador;
y ansiando tan sólo
en las contenciones
de mi pobre voz
llenas de nostalgia,
un grito anhelante,

¡Gloria para Dios!
¡vida de las almas
que le glorifiquen
ante la potencia
de inmensa clemencia,
sublime y coeterna,
de su perfección!

Por lo que en mi sed jadeante, buscando incansablemente dar gloria a Dios y vida a las almas, mi ser se abrasa en urgencias vehementísimas, de manifestar lo que es el Infinito y sus planes eternos; y de ir expresando del modo que más perfecta y adecuadamente me sea posible, lo que encierra para mi alma-Iglesia el misterio trascendente de la fe, llena de esperanza, que nos hace vivir en la tierra un traspaso de Eternidad mediante el amor del Espíritu Santo; el cual nos inflama, lanzándonos bajo su impulso al encuentro de Dios a través del peregrinar de esta vida, llenando, en posesión, el fin supremo para el que fuimos creados.

Mi alma, bajo el impulso divino y la moción del Espíritu Santo, cobijada por la sombra del Omnipotente y la fuerza de su infinito poderío, se siente impelida a manifestar con espíritu abierto y lenguaje captable y sencillo, lo que encierra en sí, para proclamarlo con ocasión y sin ella, el misterio profundo y sobrenatural que la Iglesia Madre contiene en su seno «que Dios ha

tenido escondido desde siglos y generaciones y que ahora ha revelado a su pueblo santo»²⁰;

encomendado por Cristo a sus Apóstoles y transmitido por sus Sucesores, a través del dogma riquísimo repleto de sabiduría amorosa que esta Santa Madre encierra, contiene y mantiene en sí, y nos comunica a través de la liturgia por la vida de fe, llena de esperanza e inflamada en el amor; con todos los dones, frutos y carismas que el Espíritu Santo le regaló el día de Pentecostés para la manifestación del esplendor de la gloria de Yahvé, mediante el cumplimiento de sus promesas, que son eternas, en la Nueva y Celestial Jerusalén, Asamblea Sagrada que glorifica a Dios con cánticos e himnos de alabanza.

Por lo que, al querer manifestar lo que es la vida de fe, no puedo hacerlo sin adentrarme de alguna manera en el misterio pletórico de la Iglesia, de tan subida y sublime excelencia; donde mora la Familia Divina en actividad infinita de vida, en felicidad plena, en perfección eterna, en plenitud divina de intercomunicación trinitaria, siéndose lo que es y comunicándose por la Iglesia en manifestaciones infinitas de dones eternos.

Dios mora de asiento en la Iglesia. En ella está viviendo su vida para sí y para nosotros; diciéndose su vida para sí por su Verbo, y para nosotros por su Verbo Encarnado.

Dios quiso comunicársenos, y para eso Cristo vivió en la tierra treinta y tres años. Pero

²⁰ Col 1, 26

eso era poco a su amor infinito. Por lo que delecteándonos como Palabra del Padre en sabiduría amorosa de infinitos cantares, amándonos y entregándonos hasta el fin, nos amó hasta el extremo y se quedó con nosotros hasta la consumación de los tiempos en el seno de la Iglesia, Nuevo Pueblo de Dios.

Cristo está en la Iglesia trayéndonos consigo al Padre y al Espíritu Santo. Y al quedarse Cristo con nosotros, no se quedó de una manera inactiva, sino realizando en perpetuación, durante todos los tiempos el misterio de su Encarnación, vida, muerte y resurrección en donaciones esplendorosas por la manifestación desbordante de regalos eternos:

«Tomad y comed todos de él, porque esto es mi Cuerpo, que será entregado por vosotros.

Tomad y bebed todos de él, porque éste es el cáliz de mi Sangre, Sangre de la alianza nueva y eterna, que será derramada por vosotros y por todos los hombres para el perdón de los pecados.

Haced esto en conmemoración mía».

«En verdad, en verdad os digo que, si no coméis la carne del Hijo del hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros. El que come mi carne y bebe mi sangre tiene la vida eterna y Yo le resucitaré el último día. Mi carne es verdadera comida y mi sangre es verdadera bebida. El que come mi carne y bebe mi sangre, habita en mí y Yo en él»²¹.

²¹ Jn 6, 53-56

Siendo la Santa Madre Iglesia, repleta y saturada de Divinidad, la que, por medio de su liturgia, de los Sacramentos...; nos une a Cristo y nos perpetúa el misterio de su vida y su vivir íntimo.

Es la Iglesia la que nos da la misión del mismo Cristo de comunicar la vida de Dios a todos los hombres, la que nos pone en contacto con las tres divinas Personas para que vivamos de su vida, la que nos mete en el misterio de la Encarnación, y por lo tanto en María, la Mujer prometida por Dios en el Paraíso a nuestros primeros Padres, que aplastaría la cabeza de la serpiente por el Fruto de su vientre bendito; perpetuándonos también el sublime misterio de la Maternidad divina de la Virgen, que es donde y por quien se nos dio la vida divina; siendo María la que tiene la culpa de que todos los hombres se llenen de gracia y vivan de Dios.

Y es la Iglesia la que nos llevará un día con Cristo glorioso a la Eternidad.

Ya que la Madre Iglesia, en su real Cabeza, es el mismo Cristo; que, injertándonos en Él, como la vid a los sarmientos, y haciéndonos miembros vivos de su Cuerpo Místico, por la plenitud divina y divinizante de su Sacerdocio derrama sobre la humanidad desde la altura de su Santidad infinita, como en torrenciales afluentes, toda la Divinidad que brota desde el Seno del Padre por el costado abierto de Cristo, desbordándose hacia los hombres en expresión divina y humana.

El misterio de la Iglesia es tan rico, exuberante y plétórico, tan repleto de divinidad, y al

mismo tiempo es tan sencillo y simplicísimo como el mismo Dios.

Pues, aunque Dios es la Plenitud infinita de perfecciones interminables, por su misma perfección de ser no necesita de tiempo para tenerlo todo en sí mismo y por sí mismo sido, vivido, poseído y terminado.

Por lo que Dios es la Infinita Simplicidad; ya que, en un acto subsistente y coeterno de vida, es y tiene realizada y abarcada toda su infinita potencia de ser. Pues, si Dios, para serse, necesitara del tiempo, sería porque su capacidad de ser no era tan rica que abrazara, en un acto infinito de abarcación eterna, toda su subsistente realidad.

La Trinidad es un acto inmutable de Sabiduría Sabida en Amor, tan perfectamente, que la actividad personal de este acto trinitario es en tres divinas Personas.

El Padre es la Sabiduría que, tan suda y sabida, íntima, profunda, infinita y saboreablemente se sabe y en tal perfección, que lo que sabe, sabido, en Expresión cantora, es su Verbo, su Palabra, su Hijo Unigénito;

en una sabiduría tan eternamente amorosa en la intercomunicación de los dos, que les hace romper en un amor tan mutuo, que es la tercera Persona en la vida de la Trinidad: Amor personificado, como fruto de la sabiduría amorosa del Padre y del Hijo, en abrazo de amor paterno filial.

Pero la Iglesia, que mora en la tierra y se prolonga en el tiempo, a pesar de tener en sus

entrañas maternas al mismo Dios, a Cristo con el misterio sublime y trascendente de la Encarnación mediante el cual se nos da en manifestaciones comunicativas de dones eternos, con su vida, pasión, muerte y resurrección, y la brillantez inmaculada de la Virgen Madre de Dios, Madre de la misma Iglesia y Madre universal de todos los hombres, nos lo tiene que manifestar y donar durante todos los siglos en el transcurso de la vida de cada hombre.

¡Qué vida vive nuestro Padre Dios, de felicidad...! Y ¡qué vida tan pletórica y llena de divinidad se encierra en el seno anchuroso y majestuoso de la Santa Madre Iglesia, tan desconocida por la mayoría de sus hijos...! Y a veces tan menospreciada y hasta ultrajada por los que, por no conocerla bien, la escupen en su faz hermosa a través de la cual el mismo Dios se nos muestra y comunica: mediante la voluntad del Padre en expresión redentora por Cristo, con gemidos inenarrables por el Espíritu Santo.

Dios mismo, en comunicación de Familia Divina, es el vivir palpitante de la Iglesia.

Por lo que la Iglesia está reventando en Divinidad, repleta de hermosura y santidad, de amor y de justicia, de verdad y de paz; y a través de la Iglesia se nos muestra el rostro de Dios en la tierra, porque es ella la que nos dice en conversación divina y humana durante todos los tiempos, en un dicho que es obrarlo en nuestras almas por medio de su liturgia y la palabra, la misma vida de Dios.

¡Oh si yo pudiera decir lo que es nuestra Iglesia santa...! ¡Si pudiera expresar la plenitud en que se remansa...! ¡Si pudiera deletrear en mi delirio de amor, aunque fuera imperfectamente, cómo en la Madre Iglesia están contenidos y remansados todos los misterios de nuestro cristianismo...!

El misterio de la fe es todo el depósito infinito que Cristo ha comunicado y perpetuado en vida, en el seno de la Iglesia.

La vida de fe no es una cosa fría, ni de estudio científico; es toda la riqueza pletórica del Infinito, dicha a nosotros en un romance de amor.

Todo lo que la Iglesia nos dice y nos manifiesta, continuando la canción del Verbo, es el tesoro de nuestra fe.

La fe es la que nos pone en contacto con Dios, porque es la que nos deletrea los misterios riquísimos de nuestro cristianismo; «es seguridad de lo que se espera y prueba de lo que no se ve»²².

La fe no es creer fríamente lo que no se entiende; «también los demonios creen y tiemblan»^{22 bis}. Es recibir en sabiduría amorosa, bajo la luz, la fuerza y penetración del Espíritu Santo, todo lo que el Verbo, a través de María, nos comunica en el seno de la Iglesia manifestándolo en obras y frutos de santidad.

²² Hb 11, 1

^{22 bis} Sant 2, 19

Vivir de fe es vivir de Dios, de Cristo, de María; es engolfarse en la vida de las tres divinas Personas; es recibir el mensaje del Verbo Encarnado; es cobijarse en la Maternidad de María; es escuchar, recibir y adherirse a todo lo que nos dice la Iglesia, recibido de Cristo, en su comunicación de amorosa y sapiental sabiduría de los misterios divinos.

El dogma riquísimo de nuestra Santa Madre Iglesia tiene que ser comunicado en sabiduría y amor; y no presentándolo como una cosa fría y esquemática, esquematizando y enfriando la vida luminosísima, vital y amorosa de nuestra fe; reduciéndola a veces a conceptos tan fríos, que se nos hacen oscuros, complicados y hasta tan difíciles de asimilar.

Dios es Sabiduría Expresada en Amor. Cristo vino a comunicarnos en el seno de la Iglesia su sabiduría amorosa; y la Iglesia nos da los misterios eternos, en sabiduría que es saber –de saborear– y, por lo tanto, en el amor.

Por eso, el que quiera recibir la riqueza infinita de la Iglesia en conceptos fríos y esquemáticos, no está en disposición de saber –de saborear– los misterios de nuestra fe, que son y se comunican en el amor; pues son la vida de sabiduría y amor que Dios se es y que quiere vivir con nosotros en intimidad de familia en el seno anchuroso y maternal de la Madre Iglesia;

Nuevo Pueblo de Dios que Jesús encomendó a sus Apóstoles, haciendo a Pedro roca y

fundamento de su Iglesia y Pastor universal de su Rebaño: «Tú eres Pedro, y sobre esta piedra edificaré mi Iglesia, y el poder del infierno no la derrotará. Te daré las llaves del Reino de los Cielos; lo que ates en la tierra, quedará atado en el Cielo, y lo que desates en la tierra, quedará desatado en el Cielo»²³.

«Apacienta mis corderos»... «Pastorea mis ovejas»²⁴.

El Padre, conociéndose a sí mismo, rompe en Palabra de fuego. Esa Palabra es su Verbo, su Hijo, el que dice todo lo que hay en el seno de la Trinidad, ya que es la Expresión de la realidad divina y eterna. Pero este Dicho o esta Palabra que dice el Padre por su Hijo, sólo es pronunciada en el amor del Espíritu Santo. Por eso, el que quiera escuchar la Palabra divina fríamente y sin amor, no recibe al Verbo; porque el Verbo sólo se comunica y es dicho en el amor en el seno de la Trinidad y en las almas que se abren a la acción santificadora del mismo Espíritu Santo.

¡Qué alegría tan grande siente mi alma de ser cristiana...! ¡Qué dogma tan maravilloso el de mi Iglesia Santa...! ¡Qué felicidad vivir de fe, esperanza y caridad, y qué gozo saber que, para el cristiano que vive su cristianismo, no hay fronteras ni de tiempo, ni de lugar, ni distancias, ni siglos...!

²³ Mt 16, 18-19

²⁴ Jn 21, 15.17

Hijo de la Santa Madre Iglesia, como en Dios no hay tiempo y para el alma-Iglesia no hay riberas, todo lo que fue hace veinte siglos, tú lo puedes vivir realmente ahora por medio de la fe, la esperanza y la caridad y a través de la liturgia.

¡No tengo que envidiar a nadie!, pues he escuchado que el Señor dijo a Tomás: «Has creído porque has visto; bienaventurados los que sin ver creerán»²⁵.

Tengo impresa en mi alma la luz de la fe que me es más cierta que mis propios sentidos, siéndome más seguro lo que ella me enseña, que todo lo que yo, por mí, pueda saber. Ya que me experimento y soy más Iglesia que alma y antes dejaría de ser alma que Iglesia Católica, Apostólica y Romana.

Por mi injercción en Cristo he estado con Él en todos los pasos de su vida, y tengo la alegría de poder vivir en cada momento el misterio de Jesús que más me agrada. Porque, guiada por la fe, penetro en los secretos recónditos de la Iglesia, y abrasada en la caridad, llena de esperanza, recibo en mí todos estos misterios vividos en amor o en dolor, acompañando a Jesús en los momentos de su vida.

Tengo una alegría que no tuvieron los discípulos del Señor; y es que ahora, al cabo de veinte siglos, pudiendo por la fe vivir aquellos momentos, el desarrollo de la Iglesia ha dado a mi alma un conocimiento que ellos no poseían por no haber recibido aún la plenitud del Espíritu Santo.

²⁵ Jn 20, 29

Por lo cual, con los pastores me voy al portal de Belén y, sabiendo a lo que voy, caló en el hondo misterio que allí se obra, iluminada por los dones del Espíritu Santo que enciende mi fe. Y en el mismo momento que el Verbo sale del seno de María, le recibo en mi alma antes de que Ella le coloque en el pesebre. Porque no había quien le recibiera, «María puso a Jesús en el pesebre»²⁶. Esta frase del Evangelio tiene un hondo misterio: fue voluntad del Padre que Jesús fuese colocado entre las pajas para manifestarnos que «vino a los suyos y los suyos no le recibieron»²⁷.

Mi alma se adelanta a los pastores y vive, en luz clarísima de fe, aquel momento, que sólo los Ángeles pudieron apereibir, del nacimiento del Verbo de la Vida.

En ese mismo instante abro mi corazón para que la Virgen Santísima lo deposite en la profundidad recóndita de mi espíritu; y allí, lo acurruco, lo acaricio y lo beso, y, en silencio de esposa, aprovecho estos momentos en los cuales mi Dios hecho Hombre, gimiendo con el llanto de un niño, estaba ansioso de comunicarnos su pregón, y lo recibo del modo que Él desde toda la Eternidad lo esperaba de mí.

¿A ver quién es más feliz, aquellos pastores o yo...? Ellos no sabían cómo lo tenían que hacer; pero a mí la fe, por ser hija de la Iglesia y dentro de esta Santa Madre la última, más po-

²⁶ Lc 2, 7

²⁷ Jn 1, 11

bre, pequeñita y miserable, me ha enseñado, inflamada en el amor y repletando mi esperanza, a aprovechar este momento del nacimiento de Jesús para recibir el mensaje de amor eterno que, al encarnarse, el Verbo vino a comunicarnos.

Estuve en el pesebre y en la cruz; vi la gloria del Verbo divino en su ascensión; recibí sus primeras palabras y las últimas. Y todo porque la fe, iluminada por los dones del Espíritu Santo, penetrándome de su sabiduría amorosa, excediendo mis sentidos, me hace vivir.

Jesús todo lo tuvo presente desde el momento de su concepción hasta su ascensión a los cielos. Por eso lo que tú vivas ahora, en este momento, Él lo recibió vivido entonces, teniendo la alegría y el consuelo de verse acompañado por ti en los pasos de su vida; y tú tienes la alegría, no de haberle acompañado en un paso de su vida una sola vez, sino que, durante todos los momentos de tu existencia, por tu vida de fe, esperanza y caridad, trascendiendo el tiempo, puedes acompañarle en el pesebre, en Nazaret, en su vida pública..., cosa que no pudieron hacer entonces los que con Él estuvieron, si no vivieron de fe.

Toda mi vida, vivida así, es ¡vivir...!; toda mi vida, vivida así, da vida; toda mi vida, vivida así, es felicidad, verdad, llenura, plenitud y fecundidad... Por eso, con toda la alegría de mi corazón, puedo decir que, mediante mi vida sencilla de fe, esperanza y caridad, no hay nada que no posea, ni nadie a quien pueda envidiar.

Mi alma ha ensanchado su capacidad, y, viéndolo en la verdad con toda la verdad que encierra el dogma riquísimo de la Santa Madre Iglesia, no hay nada que busque, necesite y desee que no tenga.

El cristiano que vive su cristianismo busca también hacer partícipes a los demás de la felicidad que él posee; por lo que experimenta y tiene urgencias de llegar a todas partes, ya que su caridad le pide ayudar a todos, llenándoles de vida bajo el impulso del Espíritu Santo que le lanza a llevar almas para Dios, hijos para su Seno.

Y ante su impotencia de acción, al ver que el círculo de personas que le rodea es tan limitado, y que la exigencia como infinita de llegar a todos los hombres es su misión, sólo puede descansar plenamente «entre el vestíbulo y el altar»²⁸; sabiendo por la fe que allí, en actitud sacerdotal, su irradiación los abarca a todos sin distancias, sin tiempo, sin condición de razas, sin fronteras. En esa actitud sacerdotal llegará a todos los tiempos y abrazará a todas las almas.

Ante la fuerza de la oración, no hay nadie que quede sin recibir el influjo del alma-Iglesia que vive profundamente su cristianismo; siendo su irradiación según la participación que por su vida de fe, esperanza y caridad tenga de Dios; participación que le da, según su medida, más o menos fuerza para ejercer su sacerdocio peculiar en favor de los demás.

²⁸ Jl 2, 17

Hijos de la Iglesia, Nueva y Celestial Jerusalén, fundada por Cristo y encomendada a sus Apóstoles, venid al banquete divino del Amor eterno. Venid, que mi alma con la Iglesia, en actitud sacerdotal, está «entre el vestíbulo y el altar», sacando el tesoro del corazón de Dios para comunicároslo.

Alma querida, cualquiera que seas, tal vez la más desamparada de la tierra, la más olvidada, la más incomprendida, la más sola, la que crees que no tienes a nadie en quien descansar, para mí eres la más querida.

Quiero que sepas que por ti, oh hija queridísima de mi alma-Iglesia, que te hundes en el silencio de la incomprensión y del olvido, estoy «entre el vestíbulo y el altar» ejerciendo mi sacerdocio, y llorando, como Santa Mónica, para alcanzar de Dios la vida que tú necesitas. Quiero que sepas también que ni el tiempo ni las distancias existen para mí; me da igual que vivas en este siglo, que hayas existido en el principio de los tiempos o vayas a vivir al final de los mismos.

Seas desgraciada o feliz, tú que este escrito lees, has de saber que mi alma por estar injertada en Cristo siendo Iglesia Católica, Apostólica y Romana, ha estado contigo en esos momentos en que el silencio y la soledad te envuelve, acompañándote y dándote calor de hogar. Porque me experimento por mi desposorio con Cristo madre tuya, ya que no hay distancias ni tiempos para la esposa del Espíritu Santo, que, sintiéndose fecundizada por Él, se

sabe madre universal de todas las almas, experimentando en sí que ama a todas y a cada una, con la misma capacidad al amar a todas que al amar a cada una.

Pero ¿cómo podría darte vida a ti, si mi postura no fuera estar «entre el vestíbulo y el altar», única manera de poder llegar a todos los tiempos?

«Entre el vestíbulo y el altar lloren los sacerdotes» y las vírgenes del Señor, con todo aquel que, siendo miembro del Cuerpo Místico de Cristo, Iglesia viva, necesite dar gloria a Dios y vida a las almas por su vida y su palabra; mediante el ejercicio del sacerdocio específico de cada uno, participando de la plenitud del Sumo y Eterno Sacerdote, el Ungido de Yahvé, Unigénito de Dios, Jesucristo su Enviado.

El cual «en los días de su vida mortal, a gritos y con lágrimas, presentó oraciones y súplicas al que podía salvarlo de la muerte, cuando en su angustia fue escuchado. Él, a pesar de ser Hijo, aprendió, sufriendo, a obedecer. Y, llevado a la consumación, se ha convertido para todos los que le obedecen en autor de salvación eterna»²⁹.

En postura sacerdotal, implorando la clemencia del Dios infinitamente Santo, viva «entre el vestíbulo y el altar» el Pueblo de Dios, ejerciendo su sacerdocio oficial o místico.

²⁹ Heb 5, 7-9

Sacerdocio místico que, por un derramamiento infinito de su amor misericordioso inclinándose a la pequeñez y ruindad de mi nada, a mí, la última y más pequeña de las hijas de la Iglesia y dentro de esta Santa Madre el Eco de sus cantares; a los pies del Sagrario, el divino Maestro tan constante, profunda y saboreablemente me pedía y me hacía vivir, imprimiendo en mi espíritu el modo como debía realizarlo. Para hacer mi consagración tan fecunda que llegaba a todas partes y a todos los tiempos por la irradiación de mi ser de Iglesia universal, siendo miembro vivo y vivificante en el seno de la Santa Madre Iglesia.

En mi postura sacerdotal, Jesús iba derramando sobre mi alma, sedienta de escucharle y abrasándome en necesidad de recibirle y darle descanso, los lamentos de su pecho que se desbordaba en donaciones eternas sin ser recibido por la mayoría de los hombres y especialmente por muchos de sus elegidos.

Para que, reclinada en su corazón, le recibiera en reverente postración adorante;

y con la llenura de sus mismos dones, le respondiera en mi postura sacerdotal entre Él y los hombres;

y así, recopilando cuanto desde su pecho bendito recibía, lo cogiera con alma abierta y corazón enamorado, y, vuelta hacia las almas, espiritualmente corriera por toda la tierra para esparcirlo, en manifestación e irradiación orante, por mi vida y mi palabra;

y sintiéndome impulsada a llegar y recopilar a los hombres de todo tiempo, pueblo, raza

y nación, se los trajera, presentándome con ellos ante su Santidad infinita, para ofrecérselos como incienso en un himno de alabanza y reparación en retornación de respuesta ante sus dones recibidos.

Siendo así, por el ejercicio de mi peculiar sacerdocio en la postura sacerdotal con la que el mismo Jesús con su sapiencia divina ilustraba mi espíritu, gloria para Él, descanso de su corazón dolorido, y consuelo de su penoso y doloroso Getsemaní.

Esta era la manera sencilla, profunda y universal de orar en postura sacerdotal, que Jesús enseñaba a mi alma, postrada en reverente adoración a los pies del Sagrario, desde los primeros años de mi consagración a Él, apoyada en su pecho como San Juan en la última Cena, para que la viviera y la manifestara.

Lo cual llenaba mi espíritu enamorado ante la necesidad vehementísima que experimentaba de dar gloria a Dios, y vida a las almas mediante el ejercicio del sacerdocio peculiar que fecundizaba mi virginidad tan maravillosamente que, en mi irradiación, llegaba a todas partes. De forma que todo quedaba bajo el influjo de mi maternidad espiritual, fruto de mi desposorio con Cristo, Esposo de las vírgenes, Conquistador de amores y Donador de infinitos dones en frutos de vida para las almas y conquista de su Reino.

¡Qué feliz es Dios...! Y ¡qué dichoso el que viviendo de la fe, que es más clara y cierta que

la luz del mediodía, de esperanza y de caridad, experimenta en sí una llenura de vida, de felicidad, de posesión y de amor tal que pueda decir por su injercción en Cristo como miembro vivo y vivificante de su Cuerpo Místico: «El que tenga sed, que venga a mí y beba»³⁰ y el que tenga hambre, que venga a mí y coma; porque llenándome de vida divina mediante mi sacerdocio peculiar, se ha hecho en mí una fuente que salta hasta la vida eterna! inflamada en mis ansias de: ¡Gloria para Dios!, ¡almas para su seno!

Hijo de la Santa Madre Iglesia, cualquiera que seas, ábrete a lo que te dice el Verbo en el seno de la Iglesia. Por medio de tu vida de fe, recibe sus enseñanzas con amor, para que se hagan vida en ti.

Y no olvides que la fe no es una enseñanza oscura y fría, sino que es la misma luz de Dios que ilumina los corazones, encendida en las llamas del Espíritu Santo, que te quiere comunicar su vida, obrándola en ti, mediante las enseñanzas sencillas, pero profundas y luminosas, que, en la Santa Madre Iglesia a través de nuestra fe, llena de esperanza e inflamada en la caridad, se nos dan y se nos comunican con Corazón de Padre, Canción de Verbo y en el Amor del Espíritu Santo.

No olvides tampoco, Sacerdote de Cristo, alma consagrada, miembro vivo y vivificante

³⁰ Jn 7, 37

del Cuerpo Místico de Cristo, que la vida de Dios es infinitamente distinta y distante de lo que tú piensas, de lo que tú entiendes, de lo que tú conoces y con tus sentidos y conceptos humanos puedas comprender.

Ya que la vida de fe hay que penetrarla desde el pensamiento divino, y vivirla e iluminarla mediante los dones y frutos del Espíritu Santo.

Por lo que tus conceptos humanos, si no los sobrenaturalizas, no sirven ante la fe; sino que más te entenebrece. Pues la fe es la manifestación esplendorosa en comunicación de sabiduría amorosa de los misterios divinos.

Y por eso a veces te parece que ésta es oscura, no porque en sí lo sea, sino porque tú estás ciego. Explícale a un ciego cómo es el sol, que mientras no desaparezca su ceguera, lo verá todo negro.

Hijo de la Santa Madre Iglesia, sabe que, si quieres vivir de la lumbrera de la fe luminosa, de centelleante sabiduría, has de ser sencillo y pequeño; pues sólo a los pequeños, como decía el divino Maestro, les son manifestados los secretos del Padre: «Te doy gracias, Padre, Señor de cielo y tierra, porque has escondido estas cosas a los sabios y entendidos, y se las has revelado a la gente sencilla»³¹.

Y lo conseguirás por tu vida de fe en tu contacto con Dios que mora en ti –ya que por la

³¹ Mt 11, 25

gracia eres templo vivo de Dios y morada del Altísimo— y escuchando al Señor en grandes ratos de intimidad a los pies del Sagrario.

Y sobre todo, recibiendo al Verbo de la vida Encarnado, Luz de Luz y Figura de la sustancia del Padre, que se nos dona en Alimento y en Bebida por la palabra de uno de sus unguidos, en el divino y sublime Sacramento de la Eucaristía,

al que has de ir a comer aquel Pan de vida, bebiendo en el Raudal de los Infinitos Manantiales; ya que «ha más hambre quien te come y más sed quien bebe de tus aguas»³².

³² Eclo 24, 29

3-7-1974

SUBLIMES CONTRASTES

Contrastes inexplicables
de mi espíritu oprimido,
pues busco a Dios, incansable
con lamentos encendidos,
y le tengo en la llenura
de mi interior, escondido.

Le llamo sin descansar,
con sedientos alaridos,
porque su ausencia es penante
por la posesión que ansío.
Le encuentro cerca y le hambreo
en contraste dolorido.

¿Cómo diré mis afanes
por tener a Dios conmigo,
cuando le siento en mi pecho
como un volcán encendido?

Le añoro sin encontrarle
y le tengo poseído,
viviendo siempre sedienta
en manantiales divinos.

Soy hambre y saturación,
¡martirios...!, ¡grandes suplicios...!

¿Cómo decir lo que busco,
si ya encontré lo que ansío?

Vivo con Dios y sin Él,
en secreto incomprendido,
porque le tengo y le hambreo
en tan fuertes recrujidos,

que, en contención apretada
de mi espíritu afligido,
mi apetencia es poseerle
en saturante martirio.

¡Misterio de tierra y Cielo
en llenuras contenido!
¿Cómo busco al Dios que tengo
en mi pecho reprimido?

¡Bien sabe Dios los contrastes
que yo, en mis amores, vivo!

27-1-1972

DIOS HABLA A MI CORAZÓN

Dios habla a mi corazón sin palabras,
en romances de amores eternos,
en martirios de muerte,
en urgencias de Cielo,
en nostalgia que es vida,
en la noche feroz del invierno.

Pero es Dios quien me dice,
en su modo de hablar sin conceptos
y sin cosas de acá, su divino decir,
que es obrar, en mi ser, su misterio;
su misterio que es vida y es muerte,
que es luz y secreto,
en pruebas terribles
o en decires silentes de Eterno
en días de sol luminosos.
¡No sé cómo es mi misterio...!

Pero es Dios quien me habla al modo de Él,
limpiando en mi alma, –obrando en mi pecho–,
todo lo que queda en mí
de hombre viejo.

Es Él quien me prueba
en hondos cauterios,
dejándome sola
de cuanto apetezco,
para que no busque más cosas
que darle descanso y que esté contento;

y esto es obrado
por el toque eterno
en penas de muerte,
en noches de invierno,
en descubrimiento de cuanto es querer
con mi pensamiento.

Dios es quien me lleva,
¡eso lo sé cierto!
por lo que apercibo
en toque de fuego,
en paso divino
o en dulce misterio.

¡Qué cerca está el Ser
en todo momento!
cuando peno en vida
terrores de Infierno,
o cuando la luz
llena mis adentros;

siempre tengo a Dios
en cauterio lento
que quema mi entraña
en toque de Eterno.

Siento a Dios muy hondo...,
¡aunque no le siento!

¿Qué misterio es éste,
que le tengo cerca y le siento lejos,
que no siento nada
y todo mi ser es un sentimiento
de que Dios me ama
y de que está lejos...?

FE, ESPERANZA Y CARIDAD

(Del libro "Frutos de oración")

1.050. La fe viva es sabrosa y deleitable, misteriosa y silenciosa, secreta y profunda, porque es luz sobrenatural que nos hace entrar en el misterio de Dios, poseído en esperanza por el alma que, tras la búsqueda del Amado, le encuentra. (9-12-72)

1.052. La vida de fe es adhesión al infinito Ser en su eterna Verdad; pero adhesión que rompe en luz de sabiduría, con la penetración gozosa de su saboreable fruto, por la participación del mismo Infinito. (14-10-74)

1.054. Por nuestra vida de fe, recibimos todo lo que el Verbo dijo en su Iglesia; por la caridad, nos adherimos a ello en el amor del Espíritu Santo; y por la esperanza, confiamos en que todos esos bienes son para que los vivamos aquí en noche y en la Eternidad en luz. (5-9-66)

1.060. Los dones del Espíritu Santo son Dios mismo en sus modos de darse. Él es la Vida simplicísima y, al dársenos, lo hace de distintas maneras en su don, que son dones; y, ante estos dones, se experimentan unos frutos divinos, según los dones recibidos, que nos llenan

de gozo. ¡Qué sencillo es nuestro cristianismo!,
¡qué rico!, y ¡cuánto y cómo lo complicamos al
separarlo todo por esquemas y tesis...! (5-9-66)

1.066. Mi vida de fe está llena a los pies del
Sagrario, donde el Misterio de Dios se me da
en la intimidad sabrosa y pacífica del silencio.
(14-9-74)

1.067. Cuando la noche es más oscura, mi fe
se hace más firme, con la esperanza del que
ama, sin buscar más cosas que amar al Amor
por lo que Él en sí es. (7-8-73)

1.068. La esperanza es mi gozo y mi martirio;
mi gozo, porque espera la llenura de cuanto
ansía; y mi martirio, porque busca jadeante lo
que aún no posee. (1-12-77)

1.072. Nunca mi alma puede pensar que lo
perdió todo, porque, en su pérdida, se en-
cuentra que tiene a Dios, a quien nunca se pier-
de si no es por el pecado. (5-10-66)

1.075. La fe es la antesala de la gloria; el que
la vive, paladea y saborea la dulzura de la cer-
canía de la Eternidad. (14-10-74)

1-2-1973

ESPERANZA CIERTA

¡Oh esperanza cierta
que alumbra mi vida
en la fe segura
de una gran nostalgia!

¡Oh esperanza cierta,
que enciende mi pecho,
cual volcán en llamas,
en los requemores
de aquella mañana
cuando yo contemple,
tras de mis albores,
a la Luz eterna,
excelsa, increada
que se oculta envuelta
tras los resplandores
de su eterna llama!

Cuando yo contemple,
¡oh dulce esperanza!,
entre los albores
del Eterno en brasas,
aquellos fulgores
que a Dios engalanan...

* * *
Dios mismo es las lumbres
de su gran Lumbrera,
porque se es el Sol
que su ser penetra;
ya que en Dios no hay partes,
y en sí mismo encierra
todo cuanto es,

con sus infinitos
matices en brechas.

¡Oh dulce esperanza
que alivia mis penas
y llena las ansias
de mi gran espera,
fortaleza siendo
de honduras secretas
cuando, en el camino
de una vida incierta,
alzo hacia los cielos
mis ansias resecas...!

¡Oh dulce esperanza,
segura y certera,
abre los portones
de tu gran Lumbrera...!;
descorre los velos
y arrastra con fuerza,
con el gran imán
de tu vida plena,
al alma que vaga
envuelta entre penas.

¡Descorre el portón,
el portón cerrado,
que, tras el abismo,
calmará las ansias
que mi ser impregnan!
¡Oh dulce esperanza
que mi vida llena!

LOS PASTORES DE LA IGLESIA

(“Frutos de oración”)

793. El Espíritu Santo se quedó con el Papa y con los Obispos que, unidos al Papa, tienen su mismo sentir y su única unidad, para que la Iglesia sea una en la unidad de Dios. (22-11-68)

55. Los Pastores de la Iglesia son los que tienen, mantienen y comunican el gran tesoro que Cristo encomendó a sus Apóstoles y, aunque ese tesoro esté contenido en vasos de barro, que en cualquier momento alguno de ellos se puede quebrar o romper, la comunidad de todo el Colegio Episcopal es ánfora preciosa, repleta de divinidad, para saturar a todos los hombres que, de buena voluntad, quieran encontrar la verdad y el amor. (22-11-68)

56. La Iglesia es un misterio de unidad; y para que sea una en la unidad de Dios, el Espíritu Santo se quedó con el Papa y con los Obispos que, unidos a él, proclaman la unidad de la Iglesia en su verdad, en su vida y en su misión. (22-11-68)

57. Sólo en la Iglesia, donde está Cristo manifestándose por el Papa, se da la Verdad en toda su verdad al hombre que la busca en la voz del Supremo Pastor. (7-1-70)

794. ¡Oh maravilla de la infalibilidad del Papa, que es capaz de congregar a todos los hombres en un solo pensamiento, y expresarles con seguridad la voluntad infinita de Dios a través de su palabra de hombre! (25-10-74)

795. La Iglesia nunca se equivoca, cuando habla como Iglesia, porque es el Verbo el que canta por ella. El Verbo pregona la verdad infinita del Padre, a través de la Iglesia mía, durante todos los tiempos. (20-3-59)

796. La Iglesia revienta de tanto poseer la Verdad, de tanto saber la Palabra divina; rompe cantando y se le derrama la Verdad que sale del seno del Padre. Iglesia mía, ¡qué hermosa eres! (22-3-59)

58. ¡Qué alegría tengo de ser hija de la Iglesia...! Ella nunca se equivoca cuando habla como Iglesia; yo me puedo equivocar. Por eso, si a todo lo que tengo en mi alma la Iglesia dijera que no, por un imposible, yo me arrancaría el alma, porque antes que alma soy Iglesia. (18-4-59)

7-4-1978

VI A LA IGLESIA

Vi a la Iglesia engalanada,
toda ella saturada
de la Santidad eterna,
llena de Divinidad,

con sus sienes coronadas
como una esposa enjoyada;
siendo Dios mismo el Consorte
que la une a su Deidad,

y el Jayán enamorado
que se siente cautivado
por el rostro de su Esposa,
sellada en virginidad.

Y, después de verla reina,
tan esplendente y tan bella,
repleta de ricas joyas
y ungida por la Deidad,

la vi rompiendo en sollozos,
unida a Cristo su Esposo,
por los hijos que marcharon
de su entraña maternal.

Un manto negro cubría
la faz de la Iglesia mía

en una pena tan honda,
que jamás podré olvidar;

pues a mi Reina enjoyada
la he visto en tierra, tirada,
cubierto su rostro en llanto
e implorándome piedad.

¡Piedad!, ¡a mi alma herida
y en tantas penas hundida
por no encontrar la manera
de saberla consolar!

Años de angustia penando
van a mi alma dejando,
oprimiendo mis cantares,
sin poderse levantar.

Nubes de densas tinieblas
que a los hombres desconciertan
con asfixiantes congojas
vi en la Iglesia penetrar;

y, en su figura aparente,
hoy se la ve repelente,
porque el pasar de los hombres
la afeó con su maldad.

¡Oh rostro de Dios potente,
resplandor de eternas fuentes,
Sol de fuego luminoso
de incontenible bondad...!

Veo el poder del Inmenso
que, en centelleos eternos,
por la gloria de su Amada
abrasado en celo está.

¿Quién resistirá aquel día
que tu ira contenida
exija cuenta a los hombres
del tesoro que nos das?

¡He visto tanto y tan denso,
que, aunque quisiera exponerlo
en la urgencia que me oprime,
jamás lo podré lograr!

Tus ojos centelleaban,
pues tu gloria reclamaba
reparación a la ofensa
que ultraja a tu Santidad.

Amador de mis amores,
que eres en mi Iglesia Soles,
¡rompe ya la densa niebla
con tu inmensa majestad!

Yo cantaré tus cantares,
aunque muera en mis penares,
que hoy oprimo en mis honduras,
para logarte aplacar.

Jesús de mis agonías,
¡yo te quiero consolar!

AMOR, ¿POR QUÉ SUFRES?

(“Frutos de oración”)

603. La vida de Jesús es tan grande en inmensidad, abarcación, largura y anchura, que sobrepasa el tiempo y la distancia. Y, siendo el Cristo Grande, vive en todos los tiempos y para todos ellos; por lo que, en cualquier tiempo, se le puede vivir en la donación comunicativa de su misterio. (24-10-74)

606. Jesús me une a Él por el misterio de la Encarnación, en su tiempo, y se une a mí, en el mío, a través del bautismo; al quedar injertada en Él paso a ser miembro de su Cuerpo, del que Él es Cabeza, desapareciendo los impedimentos del tiempo para vivir la realidad del Sumo y Eterno Sacerdote en la plenitud de cuanto es, vive y manifiesta. (15-9-74)

612. La vida de fe, esperanza y caridad es más grande y extensiva que la distancia y el tiempo. Y no es que Jesús venga a mi tiempo o yo al suyo, no; es que, por el misterio de la Iglesia, Él abarca todos los tiempos, por lo que Jesús está conmigo y yo estoy con Él realmente, aunque bajo el misterio. (26-10-74)

636. El Verbo Encarnado vivía en cada momento de su vida en una victimación ofrecida en amor y dolor. (11-11-59)

637. ¡Qué terrible es la contención del misterio de la redención, que le hacía a Jesús vivir, en un mismo instante, con Dios en una dimensión incomprensible, y con todos los hombres en entrega de amor, en necesidad de respuesta, y en negativa de ingratitud por parte de ellos! (22-9-74)

640. ¿Es posible que Tú hayas pasado este momento de tanto dolor para mí, lo hayas sufrido conmigo, comprendiéndome totalmente...? ¡Gracias, Jesús! (21-10-59)

646. ¡Qué triste está Jesús el Jueves y Viernes Santo, porque no hemos entrado en la hondura profunda de su soledad amarga! (26-3-64)

647. Hoy todos hablan de los marginados... Pero ¿quién se acuerda del Amor Eterno, marginado, desconocido, olvidado y hasta despreciado y ultrajado? ¡No hay lugar para pensar en Él! El hombre insensato olvidó al Amor y lo marginó. (25-5-78)

22-1-1976

SON DURAS MIS PENAS

Son hondas mis penas,
cual nunca pensara:

¡Cristo desgarrado...!
¡Iglesia llagada...!
Víctima del Padre,
Ofrenda aceptada...

Sumo Sacerdote...,
misión prolongada
por todos los tiempos
en mi Iglesia Santa...

Palabra infinita,
Canción silenciada
que revienta en sangre
de expresión sagrada...

Alma dolorida,
oración callada
que apercibe quejas
de Aquel que le habla...

Peticiones hondas,
taladrante espada
que, aguda y sangrante,
hiere las entrañas...

Ojos penetrantes,
divina enseñanza,
por donde el Dios vivo
se dice a mi alma...

¿Quién sabrá el secreto
de las horas largas
junto a mi Sagrario,
amando al que ama...?

Consuelos recíprocos
de Amado y amada,
comunicaciones,
penas consoladas...

Secretos del Cielo
descubierto en brasas,
y abriendo volcanes
de rompientes llamas...

Penas tan profundas
son las que me embargan,
que sólo llorando
mi ser se descansa.

Lágrimas que brotan
en honda recámara
donde el Ser Inmenso
puso su morada...

¿Quién sabrá el misterio
de Dios, cuando habla
al ser adorante
que ante Él se abaja...?

Coloquios de amores,
ternuras sagradas
en dichos de amantes
sin decir palabra...

Mutuo entendimiento
del Ser y la nada
que escucha al Eterno
envuelto en sus llamas...

Mi Cristo bendito,
Iglesia inmolada,
alma dolorida,
sangrante y velada...

Penares profundos
de los que se aman,
pues, si mi Dios llora,
¿qué no hará mi alma...?

¡Son duras mis penas
cual jamás pensara!

14-2-2001

JESÚS EN LA FALDA DEL MONTE

¡Víspera de Cristo Rey...!
De qué modo contaría
lo que se imprimió en mi alma
este inolvidable día,
del año cincuenta y nueve
cuando de pena moría
viendo a mi Jesús penando
en tan profunda agonía,
que mi alma lacerada,
sin saber lo que ocurría,
rompió en sollozos profundos;
y postrada de rodillas,
reverente y adorante,
contemplaba enmudecida
cómo Dios mismo lloraba,
mientras que yo recogía
el lagrimear penante
que de su rostro caía.

Hoy mi alma sumergida
en la hondura palpitante
y duramente penante
del Dios de la Eucaristía,
ha vivido quedamente
y en manera tan subida
el misterio trascendente
de Cristo cuando vivía;

¡y, de un modo sorprendente!
cuando, adorante, veía
en el Pecho del Maestro,
lleno de sabiduría,
¡un misterio sacrosanto!
¡de tanta soberanía!
que, por mucho que lo exprese,
jamás lo proclamaría
como yo lo contemplara,
sumida en tanta agonía
al ver a mi Dios postrado
y que en un llanto rompía.

¡Víspera de Cristo Rey...!
Sin saber cómo sería,
se imprimió en mi alma en duelo,
porque yo en duelo vivía
por las pruebas tan penantes
que en mi vivir contenía,
esto que hoy quiero contar,
en amor enternecida.

De manera sorprendente
¡vi un campo...! y en él había
un montículo pequeño
de una altura reducida,
que, de pronto, se quedó
impreso en mí, pues tenía,
en su falda, un Hombre orando ¡y penantel!,
que su oración repetía
con un clamor que dejó
a mi alma sumergida
en penares tan profundos
como yo nunca diría.

Ya que en la falda del monte
¡Jesús en llanto rompía!,
apoyado con su cuerpo,
porque no se sostenía;
y porque, orando postrado,
orante al Padre pedía
por los hombres de este siglo,
pues este siglo vivía.

Sus manos estaban juntas
y al Cielo se dirigían,
apoyándose en el monte
que mi penar descubría,
con su cuerpo desplomado,
mientras su alma gemía.

Vi su Rostro levantado,
¡lleno de soberanía!
perdiéndose en las alturas
su mirada dolorida;
y a la vez se deslizaban
por sus divinas mejillas
lágrimas que le empapaban
mientras que al Padre decía:

“¡Ni te conocen a ti!”,
Padre, como Tú querías,
“¡ni me conocen a mí...!”¹;

estando su alma sumida
en inmensas amarguras,
porque el mundo no sabía
el porqué de sus penares,
ni el llorar que yo veía

¹ Cf. Jn 8, 19

envolvía quedamente
al Dios de la Eucaristía.

“¡Ni te conocen a ti!”
“¡ni a mí!”
en mi alma se imprimía.

¡Sólo escuché estas palabras...!
Pero ya bien comprendía
cuanto en mi pecho grabaran;
pues su misión conocía
por las comunicaciones
que Él en mi interior ponía
a lo largo de los años,
¡y yo en silencio vivía!

Hoy ya sé por qué fue esto
tal como lo vi aquel día,
¡víspera de Cristo Rey!,
cuando a mi Jesús veía
llorando en tantos penares,
que su sollozar sentía
en la hondura de mi pecho
con terribles agonías,
y, en un dolor tan amargo,
que a mi alma sumergía
en el quejido que el Cristo
quiso decirme aquel día,
y así rompiera en cantares
dentro de la Iglesia mía:

¡¡Cuánto, en nada, comprendí
aquel tenebroso día,
aunque fuera luminoso
por cuanto en mí se imprimía...!!:

Jesús esto lo vivió
durante toda su vida
¡en todo y cada momento
con su terrible agonía!,
lleno de hondos penares
y en triste melancolía
en los años que Él viviera,
y en el correr de los días
que escogiera para estar
aquí en nuestra compañía,
diciéndonos su misión
en los modos que Él podía
como Hombre, siendo Dios,
al querer darnos su vida
en misterio trascendente
de divinal agonía.

Porque poder, todo puede
Él que es la Soberanía;
coeterno con el Padre,
en amores que culminan
en Beso de amor eterno
que es Persona tan divina,
que, con el Padre y el Hijo,
vive por siempre en Familia;
pero, por su humanidad,
morando dentro en la vida
que vivimos los mortales,
Dios se amoldó cada día,
en la manera y el modo
que a Él mismo le complacía,
a nuestro estilo de ser:
¡era un Hombre que existía
distinto, aunque era igual,
de cuantos con Él vivían!

¡Víspera de Cristo Rey...!
Mi alma se estremecía
con romances de ternuras
que, en confidencia, ponían
mi espíritu ardiendo en brasas,
porque a mi Cristo veía
que se quejaba llorando:

¡el mundo no conocía
ni al Padre Eterno ni a Él...!

Y por eso una honda espina
a su alma taladraba
en terribles agonías.

¡Yo vi, allí, en aquel monte,
temblorosa y sorprendida,
que del rostro de Jesús
muchas lágrimas caían...!

¡Y he visto que Dios lloraba...!
y que en su cara tenía
¡un penar tan dolorido,
que su ser se estremecía
por los pecados del mundo!
y que de pena moría,
aunque no fuera el momento
de marcharse de esta vida.

¡Pero moría en el alma!
porque en un morir vivía
el Cristo del Dios bendito
siempre y en todos sus días,
por el penar tan penante
que en su existir contenía.

¡En todo y cada momento,
un Getsemaní sufría!

¡Yo he visto que Dios lloraba...!
y por la cara corrían,
del Dios que se hizo Hombre,
lágrimas que en sí decían,
en un decir sin palabras
que en sollozos reprimía,
vuelto hacia su Padre Eterno:

¡el mundo no conocía
el misterio trascendente
que Él a decirnos venía
desde el Seno de aquel Padre,
con el cual siempre vivía
en la altura de los Cielos
en divinal compañía
—por serse la Majestad,
de excelsa Soberanía
de infinita trascendencia—
por siglos que no terminan
y que nunca comenzaron...!
porque principio no había
en el que, siendo el Coeterno,
en su principio existía,
sin más principio que Él serse,
siempre siéndosela y sida,
la Subsistencia Coeterna
y del Padre recibida.

¡Víspera de Cristo Rey...!,
¡de qué modo Dios sufría...!

Yo vi que Dios en la tierra
por Cristo se nos decía
en un llorar tan penoso

que en lágrimas irrumpía
por aquel rostro divino.

Lágrimas que se imprimían
dentro de la hondura honda
de mi pecho que moría
al ver que mi Dios lloraba;
y que acertar no sabía
mi pobre alma, pensando,
cómo le consolaría
en el transcurso del tiempo,
según se me descubría
el penar de Cristo en duelo
durante toda su vida;

viviendo en cada momento
en su alma sumergida
en dolores indecibles,
el transcurrir de la vida
de todos y cada hombre
que en el mundo existirían;
y a los cuales, con su sangre,
por amor redimiría:

a todos los que bebieran
del Manantial de la vida
que desde el Seno del Padre
sobre la tierra caía
por el costado del Cristo,
afluente de la Vida,
en torrenciales raudales
que de su pecho fluían.

¡Yo he visto que Dios lloraba...!
Y ¡cómo lo vi aquel día!
cuando así le contemplaba,
sin saber cómo sería

aquello que estaba viendo;
porque, sin verlo, veía
al Cristo del Dios bendito
que, en mi modo, me decía
el amor del Dios Eterno
que por los hombres moría.

Mas algo me sorprendió
que expresarlo no podría
por más que lo procurara
a lo largo de mis días:
¡el ver que era el siglo XX
por lo que Cristo sufría...!

Él vivió todos los tiempos
en el tiempo que Él vivía:
Pero a mí se presentó
con su alma dolorida
en un sublime momento
en que en su vida sufría
por los hombres de este siglo,
en el modo que Él tenía
para vivir cada instante
que los hombres vivirían
en el correr de los tiempos
que en sí mismo contenía.
¡Y yo, sin poder decir
lo que, sin verlo, veía...!

Es difícil expresar,
aquello que comprendía,
cuando contemplé, adorante,
cómo mi Jesús sufría,

en aquel monte postrado
y a lo largo de su vida,
todas mis penas y gozos,
teniéndome a Él unida,
viviendo conmigo ahora
el tiempo que yo vivía.

¡Supe que era el siglo XX!
lo que al Cristo sumergía
en aquel hondo penar
de terribles agonías,
que hasta le hizo romper,
por todo lo que veía,
en un llanto tan penante
que más penar no cabía,
aunque siempre cabe más
en el Verbo de la Vida.

“Ni te conocen a ti, ni a mí”,
Padre..., Dios decía.

¡Y yo sin saber el modo
cómo le consolaría...!

14-9-1997

DIOS MÍO, DIOS MÍO, ¿POR QUÉ ME HAS DESAMPARADO...?

Anonadada y traslimitada ante el insondable e inexhaustivo misterio de la Redención en el Calvario, junto a la Virgen Madre del mayor dolor, mi alma, ahondada en el infinito pensamiento de la Santidad Eterna, jadeante de amor y llena de ternura, en postura sacerdotal de adoración reverente y escuchando los lamentos en gemidos del alma de Cristo, necesita beber de los Eternos Manantiales que brotan a raudales de su costado.

Y desde la bajeza de mi nada, escuchando las palabras del divino Redentor, recibir las sapientales y sacrosantas pronunciaciones en deletreo amoroso; con el que, en el último romance de amor de su duro peregrinar, el Cristo del Padre, colgado de un madero como un «maldito¹» entre el cielo y la tierra, entre Dios y los hombres, entre la Santidad Infinita y el pecado, «el desecho de la plebe y la mofa de cuantos le rodean^{1 bis}», nos manifiesta el amor con que nos ama.

No sólo dando su vida como Cordero inmaculado y sin mancilla, sino llegando, en el desgarró más inimaginable en manifestación del esplendor de su gloria, lacerantemente traspas-

¹ Gal 3, 13

^{1 bis} Sal 21, 7

sado en la médula de su espíritu, a expresarnos, en las rubricaciones de su testamento de amor, los repliegues más recónditos, íntimos y sacrosantos del palpitar de su alma dolorida.

Pues, en demostración gloriosa y desgarradora, se dona en expresión cantora de retorción reparadora a la Santidad del Dios tres veces Santo ultrajado y ofendido.

Y en manifestación majestuosamente soberana de víctima sangrante, presentándose ante esa misma Santidad del que Es con la carga innumerable de todos nuestros pecados, clama, como despavorido, en el momento supremo de la Redención de la humanidad caída, y como Reparador de toda ella en y por la plenitud de su Sacerdocio:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?»²

Y mi alma, profundamente penetrada del infinito pensamiento y sumergida en el trascendente misterio de la Redención, rompe en expresión comunicativa, llena de lamentaciones, ante ese momento sublime de la consumación de la Pasión sacrosanta del divino Redentor;

que es y encierra en sí el Abrazo eterno de Dios con el hombre mediante la unión hipostática de la naturaleza divina y la naturaleza humana en la persona del Verbo, en matrimonio indisoluble de desposorios eternos entre la criatura y el Creador, por el misterio sublime, tan profundo como trascendente y desconocido, de

² Mt 27, 46

la Encarnación; realizado en las entrañas purísimas de la Virgen por voluntad del Padre, bajo el impulso abrasador del arrullo amoroso del Espíritu Santo.

Misterio descubierto al alma amante que, viéndolo bajo el cobijo de Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación, es introducida por la mano del Omnipotente en el Regazo de la Virgen que, de tanto ser Virgen, rompe en Maternidad divina bajo el ímpetu infinito y eterno, divino y divinizante del aleteo sagrado en paso de Esposo del Espíritu Santo.

El cual, «con su diestra la abraza y con su siniestra la sostiene»³, para que la Señora no desfallezca de amor ante su brisa en silencio cadente de paso de fuego, que, en tiernos requiebros de amor, la ennoblece y la engalana tan maravillosamente que la hace Madre del mismo Dios infinito Encarnado;

Madre del Amor hermoso, que dolorosamente al pie de la cruz, en el ejercicio del peculiar sacerdocio de su Maternidad divina, ofrece al Padre al Unigénito Hijo de Dios, que hecho Hombre es también su unigénito Hijo, en oblación corredentora de Maternidad divina y universal:

«Estaban junto a la cruz de Jesús su Madre..., y viendo a su Madre Jesús y al discípulo a quien amaba que estaba allí, dijo a su Madre: “Mujer: he ahí a tu Hijo”. Luego dijo al discípulo: “He ahí a tu Madre”. Y desde aquella hora el discípulo la recibió en su casa»⁴.

³ Cant 8, 3

⁴ Jn 19, 25-27

Mientras que el alma enamorada, venerante y adorante, abismada en la profundidad sacrosanta de la Encarnación, como en vuelo, penetrando en el *Sancta Sanctorum* de la Señora, paladea en sabiduría amorosa algo del gran misterio que en Ella se obra;

quedando la criatura trascendida y profundamente anonadada ante el poder, en lanzamiento sobre la Señora, de la excelencia del Infinito Ser, que la penetra con el néctar riquísimo del saboreo de su misma Divinidad, iluminando, desde la altura de su excelsitud, a los limpios de corazón.

Los «cuales verán a Dios»⁵ en la tierra del modo que el mismo Dios solo sabe, bajo el centelleo luminosísimo de la fe que, llenándoles de esperanza, los hace suspirar jadeantes durante este peregrinar por el mañana de la Eternidad.

Donde contemplarán el Misterio infinito del Ser trascendente en la Luz de su misma Luz, sin poderlo abarcar por la perfección en posesión y en subsistencia infinita y eterna del que Se Es; abrasados en el amor coeterno del Espíritu Santo, que los introducirá en el Festín infinito de las divinas Personas para siempre, con la llenura de su esperanza repleta, mediante la posesión del mismo Dios que los hará dichosos por toda la Eternidad.

Secretos que la criatura no es capaz de penetrar tal cual son y mucho menos de mani-

⁵ Mt 5, 8

festar, por más que lo procure, valiéndose de sus pobres expresiones; y que la mente entorpecida del hombre carnal, tan acostumbrada a vivir de sus pobres y humanos pensamientos, es aún más impotente de comprender.

¡Oh misterio de la Encarnación obrado por el infinito poder del que se Es...!

Donde tuvo principio la reconciliación de Dios con la humanidad caída por el pecado de nuestros primeros Padres, en las entrañas de la Nueva Mujer. La cual siendo Virgen, y por obra del Espíritu Santo, daría a luz a un Hijo al que pondría por nombre Enmanuel, «Luz de Luz y Figura de la sustancia del Padre»⁶; en manifestación esplendorosa del poder de Yahvé que, derramándose en compasión de ternura y misericordia sobre el hombre, en romances de amores eternos, en el instante sublime y trascendente de la Encarnación, cumplió su promesa anunciada por los santos Profetas: «Con amor eterno te amé»⁷; «Ellos serán mi Pueblo y Yo seré su Dios»⁸.

Ya que, por el misterio de la Encarnación, el Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros, uniendo en sí a Dios con el hombre en matrimonio indisoluble de desposorios eternos entre la criatura y el Creador, entre el Todo y la nada, entre la tierra y el Cielo.

Siendo éste el principio perfecto y abarcador de la reconciliación de Dios con la humanidad

⁶ Heb 1, 3

⁷ Jer 31, 3

⁸ Ez 36, 28

caída, que el divino Maestro nos fue manifestando durante los treinta y tres años de su vida en el doloroso Getsemaní de su pasión incruenta, en la cual Jesús vehementemente clamaba:

«Con un bautismo de sangre tengo que ser bautizado y como está en prensa mi corazón hasta que no lo vea cumplido»⁹.

«El que tenga sed que venga a mí y beba»¹⁰.

«El que beba del agua que Yo le diere, no tendrá jamás sed; que el agua que Yo le dé se hará en él una fuente que salta hasta la vida eterna»¹¹.

Reconciliación que culminó en la pasión dolorosa del Ungido de Yahvé, el Cristo del Padre, expresando los sentimientos más profundos e íntimos de su corazón palpitante de amor y ternura: «Pueblo mío, Pueblo mío, qué pude hacer por ti que no hiciera»¹², en desbordamiento de amor lleno de compasión misericordiosa sobre el hombre.

Amor que se nos manifiesta, por el esplendor de la gloria de Yahvé, único Dios verdadero, en su Unigénito Hijo, Jesucristo su Enviado, con el derramamiento de su sangre redentora en el patíbulo de la cruz.

En el cual, el divino Redentor, colgado de un madero, con los brazos extendidos y el corazón traspasado, nos demostró que «nadie tiene amor más grande que el que da su vida por sus amigos»¹³.

⁹ Lc 12, 50

¹¹ Jn 4, 14

¹³ Jn 15, 13

¹⁰ Jn 7, 37

¹² Cf. Is 5, 4

Y clavado entre el Cielo y la tierra, y en la plenitud del ejercicio de su Sacerdocio, con gemidos que son inenarrables por el Espíritu Santo, comprendiendo que era llegado el momento cumbre y sublime de la Redención —«cuando sea levantado en alto todo lo atraeré hacia mí»¹⁴—; exclamaba, al sentirse abrasar en sed torturante de rescatar a toda la humanidad del pecado cometido contra la Santidad infinita de Dios ofendida y ultrajada:

«¡Tengo sed...!»;

reseco en la terrible agonía de su dolorosa pasión que le llevó a dar la vida para salvarnos, y con su alma palpitante y desgarrada ante el desamor de los que amaba.

«Tengo sed» de dar gloria al Padre y de llevar las almas a su seno, para saciar, con el derramamiento de mi sangre, la sed reseca del corazón sediento del hombre.

Llegando la manifestación de que «amando a los suyos los amó hasta el extremo»¹⁵, como en una locura de amor infinito del Buen Pastor que da la vida por sus ovejas en desgarradora inmolación, cuando, al sentirse como abandonado del Padre, exclama:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?»

Palabras misteriosas, que, penetrando aguda y dolorosamente la médula de mi espíritu en

¹⁴ Jn 12, 32

¹⁵ Jn 13, 1

postración reverente de profunda y venerante adoración ante el Ungido de Yahvé pendiente de un madero, y profundizada en el pensamiento divino, me hacen comprender algo del dolor lacerante del alma de Cristo:

En un desbordamiento de desgarro y desolación de pavorosa y aterradora soledad por el rechazo del Padre contra el pecado que, cargando sobre sus hombros, siendo el Cristo, Él tenía que reparar en y por la plenitud de su Sacerdocio, como Reconciliador del hombre con Dios, «gritó con voz potente:

“Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?”»

Palabras cargadas de misterio, que culminan con el fruto de la Redención mediante la reconciliación de Dios con el hombre, por el desolador desamparo del Cristo del Padre; implorando el perdón de misericordia a la Santidad Infinita del Dios ofendido —«Padre, perdónales porque no saben lo que hacen»¹⁶— que exigía, por justicia, reparación infinita mediante la inmolación de su Unigénito Hijo, hecho Hombre, en la plenitud y por la plenitud de su Sacerdocio ejercido entre Dios y los hombres, entre el Cielo y la tierra, entre la humanidad y la Divinidad.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...», si soy el Hijo de tus compla-

¹⁶ Lc 23, 34

cencias, el Santo que mora siempre en tu Seno y que he venido a los hombres para inmolar-me en sacrificio cruento de reparación a tu Santidad infinita ultrajada y ofendida...?:

«No quisiste sacrificios ni holocaustos, pero me has preparado un cuerpo. Los holocaustos y sacrificios por el pecado no te agradaron. Entonces Yo dije: “He aquí que vengo —en el volumen del libro está escrito de mí— para hacer ¡oh Dios! tu voluntad”.

Y “en virtud de esta voluntad somos nosotros santificados por la oblación del cuerpo de Jesucristo hecha una sola vez”¹⁷.

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?»

Esta pobre y pequeña, desvalida y asustada hija de la Iglesia, siendo introducida de alguna manera en la profundidad de estas palabras, en un momento de expectación penetrativa y anegada de dolor, comprendió algo de su sacrosanto misterio.

Penetrando en él para que lo manifestara, le fue descubierto en sabiduría amorosa de aguda profundidad, del modo que la criatura, mientras viva en este destierro, puede saber los secretos de los misterios divinos para que los proclame; algo del significado recóndito de esas dolorosas palabras, que laceraron el alma santísima de Cristo hasta la médula del espíritu;

¹⁷ Heb 10, 5-7.10

lleno de amor y desgarró por la experiencia del desamparo desolador, no ya de la humanidad, sino del mismo Padre, en el momento cumbre de su crucifixión ignominiosa, en redención de cruenta inmolación.

¡Qué terribles misterios me ha hecho Dios penetrar y descubrir en el alma de Cristo, como abandonado del Padre!, clamando desgarradamente desde lo más profundo y lacerante de su alma que, al sentirse como rechazada, exclama con gemidos que son inenarrables:

«¿Por qué me has desamparado», si soy tu Ungido, engendrado, no creado, de tu misma naturaleza, tu Palabra, el Cantor de tus infinitas perfecciones, la Manifestación de tu voluntad cumplida en donación infinita de amor al hombre, el Hijo de tus complacencias, que moro siempre en tu Seno, abrazados en el amor coeterno del Espíritu Santo?

«¿Por qué me has desamparado...?!»

Comprendiendo mi espíritu, adorante y lacerado, que, con esas palabras, Cristo manifestaba el abandono, la soledad y la angustia de su alma, al ser Él el Receptor de los pecados de toda la humanidad, aunque era el Santo, el Impecable —«a quien no conoció el pecado Dios le hizo pecado por nosotros, para que en Él fuéramos justicia de Dios»¹⁸—; y que en su alma santísima contemplaba a Dios cara a cara, inundada del gozo más profundo ante la visión

¹⁸ 2Cor 5, 21

beatífica y sin velos, en todos y cada uno de los momentos de su vida, de la gloria del Omnipotente, que Él mismo era por su Persona divina, y al que respondía en alabanza, acción de gracias y adoración infinita.

Siendo precisamente la contemplación sin velos de la Santidad infinita del Dios Altísimo que se opone con la terribilidad de todo su ser al más mínimo movimiento pecaminoso, la que proporcionaba a Cristo el dolor más grande mientras moraba en la tierra; y especialmente en el momento redentor de la cruz ante el contraste de tener que cargar sobre sí los pecados de todos los hombres, que se oponen a todo el ser de Dios manifestándose en voluntad de Santidad contra el pecado.

Pecado que Cristo conocía en su justa medida como ofensa y rebelión contra el Dios tres veces Santo, al contemplarle cara a cara en la hondura luminosísima que correspondía a la humanidad de su misma Persona como Verbo Encarnado.

Llegando el dolor y el martirio de su alma a ser como incontenible ante el choque de Dios que pide reparación, y de Dios que se inmola, siendo Hombre, en representación de los pecados de la humanidad y con la carga de todos ellos; reclamando la misericordia compasiva del perdón, que su sangre divina de reparación inmolante exigía en justicia, en la lucha definitiva como Representante del pecado de sus hermanos, en conquista de gloria redentora.

Por lo que, al volverse el Cristo hacia el Padre, implorante, como representación y con la carga ingente de todas nuestras culpas, la Santidad infinita del Eterno Ser tenía que volverle el rostro ante todo aquello que Él representaba –pero no ante su Unigénito Hijo en el cual tenía todas sus complacencias– ¡en rechazo!, por la perfección intocable de la Santidad eterna.

Repercutiendo este rechazo en el alma santísima del Cristo del Padre, que, como divino Redentor, en la plenitud del ejercicio de su Sacerdocio, como un maldito, colgado entre el cielo y la tierra, «despreciado y abandonado de los hombres, varón de dolores y familiarizado con el sufrimiento, y como uno ante el cual se oculta el rostro, menospreciado sin que le tengamos en cuenta»¹⁹, imploraba, como Misericordia Infinita Encarnada, a la Misericordia Infinita ultrajada, el abrazo reconciliador del Padre con el hombre;

siendo Él el Hombre Dios que quita los pecados del mundo, y que, por la inmolación de su vida en sacrificio de reparación de méritos infinitos, exigía, en justicia, ante la voluntad del Padre cumplida por Él en derramamiento de su sangre redentora, que el mismo Padre manifestara su voluntad de perdón sobre la humanidad entera.

¡Cristo, como el Unigénito del Padre, y siendo Él el Hombre representante de todos los

¹⁹ Is 53, 3

hombres, al mismo tiempo que el Dios que tenía que ser reparado;

en y por la plenitud del ejercicio de su Sacerdocio, reclamaba la clemencia, por justicia de reparación infinita, ante el Dios tres veces Santo ofendido...!;

en una como lucha, sin lucha, entre el Padre que, como infinita Santidad, no podía abrazar a su Hijo con la carga de tantos pecados, y la petición sangrante de su Hijo inmolado:

«Padre Eterno, soy el Hijo de tus infinitas complacencias como Dios y como Hombre; o me abrazas como estoy ante ti con la carga de los pecados de todos mis hermanos, o quedo rechazado, como Primogénito en representación de la humanidad, con todos ellos».

No sé cómo mi lengua empecatada y entorpecida podrá expresar lo que penetraba y comprendía mi espíritu, en el instante-instante cumbre y supremo de la Redención, iluminada por las Lumbreras sapientales de Dios, ante la lucha, sin lucha, del Dios inmolado, que pedía misericordia al Dios ofendido, el cual Él mismo era...

Esta pobre hija de la Iglesia, sin saber, en su limitado balbucear, cómo descifrarlo, contemplaba a la infinita Santidad volviéndose contra el pecado en repulsa infinita, y al Cristo del Padre que le pedía implorante en reverente adoración:

«Padre, recíbeme, abrázame, como a tu Unigénito Hijo, en lo que soy por ti mismo; y abrázame también, como el Representante de toda la humanidad, con la carga innumerable de los

pecados de todos mis hermanos, que represento ante ti, y por los que te reparo infinitamente».

Comprendiendo y contemplando, sobrepasada y atónita, llena de veneración, respeto y santo temor de Dios, anonadada y temblorosa, en un instante sublime de expectación sorprendente, de reparación infinita para Dios, y de gloria inimaginable para el hombre;

cómo la Santidad Eterna, en un momento como de vacilación amorosa lleno de compasión, ternura, misericordia y amor –que repercutía tan dolorosamente en el alma del Redentor, sintiéndose agónico y desamparado– pero sin vacilación, porque no había vacilación en el corazón del Padre para abrazar con todas las consecuencias a su Hijo, al que siempre tiene en su Seno engendrado y engendrándolo, y teniendo el rostro vuelto contra el pecado que Éste representaba;

volviéndose hacia Cristo, su Unigénito Hijo, Luz de su misma Luz y Figura de su sustancia, uno con el Padre y el Espíritu Santo en un mismo ser, que mora siempre en el Seno del Padre, el Hijo de sus complacencias, Palabra Cantora de las infinitas perfecciones, y que le reparaba infinitamente con la inmolación en sacrificio cruento, bajo el impulso del mismo Espíritu Santo;

como en un delirio de locura del Amor Infinito reventando en compasión llena de misericordia, ¡¡lo abrazó!!; ¡y, con Él, a toda la humanidad!

Aunque con el rechazo consecuente del «no» de esta misma humanidad, si no se acogía a la sangre redentora del Hijo de Dios Encarnado.

Y este es el misterio ¡del amor de Dios hacia el hombre!, que el mismo Dios me hizo comprender y que yo nunca sabré explicar por faltarle a la lengua humana expresión para deletrearlo en su proclamación de lo indecible e incomunicable.

Y el Padre, en donaciones de infinitas misericordias, abrazando a su Hijo que se presentó ante Él en reparación y con la carga de los pecados de todos los hombres, manifiesta en complacencia amorosa e infinita ante su Unigénito inmolado, que su divina voluntad ha sido cumplida en reparación redentora de valor infinito y que la restauración del hombre caído ha sido verificada.

Por lo que Jesús, a continuación, ante el abrazo del Padre y la consumación de su Sacrificio infinito en reparación efectuada, «para que se cumpliera la Escritura, dijo:

“Todo está cumplido”.

“Padre, en tus manos encomiendo mi espíritu”²⁰.

Y con estas palabras, el Ungido de Yahvé, el Cristo del Padre, inclinando su cabeza, descansando con su triunfo de gloria en su lucha final como Redentor, expiró.

²⁰ Jn 19, 28.30; Lc 23, 46

Rescatando con su muerte a la humanidad como Representante de Dios ante los hombres y como Representante de todos los hombres con su «no» espeluznante, ante la Santidad infinita de Dios ultrajada y reparada infinitamente por Él.

¡Qué lucha amorosa de tan profundo e intenso dolor, me ha hecho el Señor comprender!, de misterio y de amor, de misericordia y ternura, de rechazo y compasión cayendo misericordiosamente sobre la miseria del hombre en manifestación del esplendor de la gloria de Yahvé, que es todo cuanto puede ser, y puede hacer posible lo imposible por medio del misterio de la Encarnación que unió a Dios con el hombre en la Persona del Verbo; que, en prodigiosa proclamación del derramamiento de su amor, murió crucificado en redención cruenta, porque «sus misericordias son eternas y no tienen fin»²¹.

Qué lucha –sin lucha–, la que se estableció entre la Santidad del Padre ofendida, que no podía aceptar al pecado, y la misma Santidad que, en su Unigénito, vuelta hacia el Padre, le imploraba, en desgarró supremo de infinita y cruenta inmolación:

«Abrázame con toda la humanidad, o me rechazas con toda ella».

Y así, el Representante de Dios entre los hombres, efectuó la Redención durante todos los momentos de su vida, pero especialmente en la lucha del triunfo final de amorosa mise-

²¹ Sal 135, 1

ricordia; en la cual el Cristo del Padre, inmolido y colgado de un madero, como Cordero inmaculado y sin mancha, pero con la carga de todos nuestros pecados y representante de la humanidad, vuelto a la Santidad del Padre, de sí mismo y del Espíritu Santo ofendida, exclamó con gemidos inenarrables:

«Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?!»

Y de esta manera tan gloriosa, tan sublime, tan inimaginable, sorprendente y casi imposible, tan divina y tan humana; por la manifestación del Amor Infinito hacia la miseria, en el Unigénito del Padre y por el Unigénito del Padre, Dios hizo, por la magnificencia de su infinito poderío, posible lo imposible: ¡abrazó al Hombre cargado con los pecados de toda la humanidad!

Y Cristo, mediante su muerte y resurrección, por este abrazo, en el ejercicio de la plenitud de su Sacerdocio; a todos los que, acogiéndonos a su sangre santísima, nos aprovechemos de ella, brotando a raudales por el taladro de sus cinco llagas y de su costado abierto, por el cual se abrieron y fluyen los infinitos y eternos Afluentes de los Manantiales de agua viva que salta hasta la vida eterna; nos lleva al gozo de la participación de la misma vida de Dios en luz de Eternidad, llenando el fin para el cual hemos sido creados, y restaurados por el mismo Cristo.

Y cuando Jesús «exclamó con fuerte voz diciendo: “Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?”» en el momento cumbre de la Redención de la humanidad;

y tras ello «cuando hubo gustado el vinagre dijo: “Todo está cumplido”, e inclinando la cabeza entregó el espíritu»²², «y uno de los soldados con la lanza le atravesó el costado»²³;

esas palabras santísimas del Unigénito del Padre y del Hijo de la Virgen, taladraron tan lacerante, aguda, penetrante y profundamente la Madre dolorosa del Calvario, que fue realizada y cumplida en Ella la profecía del anciano Simeón:

«Éste está puesto para caída y levantamiento de muchos en Israel y para blanco de contradicción; y a ti una espada de dolor te atravesará el alma, para que se descubran los pensamientos de muchos corazones»²⁴.

Pudiendo decir la Virgen con su Hijo: «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?» y añadir con Él:

«Todo está cumplido».

Muriendo con Él en muerte mística al pie de la cruz.

Y terminada la Redención, apoyada la Virgen en la fuerza omnipotente de su Hijo, y recayendo sobre Ella el fruto de toda la Redención, descansó con su misión corredentora universal terminada y cumplida en derramamiento de Maternidad sobre todas las almas, como la Mujer que aplastaría la cabeza de la serpiente con el Fruto de su vientre bendito.

Quedando la Virgen en espera de la resurrección de su Hijo, y comunicándonos en Él

²² Jn 19, 30

²³ Jn 19, 34

²⁴ Lc 2, 34-35

y con Él la vida eterna que, por el fruto de la Redención del mismo Cristo, es concedida a los que mueren al pie de la cruz cruenta o incruentamente, y al amparo de la Maternidad corredentora de María en espera del triunfo definitivo de Cristo.

«¡Feliz culpa! que nos ha traído tal Redentor». El cual, siendo la Vida, ha vencido a la muerte.

Pudo Jesús, en la plenitud de la perfección que le correspondía como Dios y como Hombre, realizar la Redención sin pasar por la experiencia dramática y dolorosa del rechazo de la Santidad infinita de Dios ante el pecado que Él representaba, con las consecuencias trágicas y espeluznantes para el hombre de la pérdida de Dios con todo lo que esto supone para la criatura.

Pero quiso, por la voluntad del Padre que así lo determinó, en expresión, como Verbo, de deleiteo amoroso de esa misma voluntad, y bajo el impulso del Espíritu Santo; para que nada faltara a su humanidad con relación a las consecuencias del pecado, en demostración majestuosa de cómo y hasta dónde nos amaba; vivir voluntaria, libre y experimentalmente las consecuencias del «no» de los hombres a Dios que se rebelan contra la Santidad infinita: el dolor, la muerte, y el desgarramiento en experiencia del rechazo del mismo Dios contra la carga de los pecados de los hombres, que Él representaba en clamorosa petición de perdón.

Al Primogénito de la humanidad, al Reconciliador de Dios con el hombre caído, porque es

Amor que puede y porque es Amor y ama, amor le sobra en la manifestación gloriosa, divina y humana, de su reparación infinita ante la Santidad de Dios ofendida, para pasar a ser, como Hombre, queriendo y pudiendo, uno más entre sus hermanos.

Por lo que este «Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has desamparado...?» es la máxima manifestación amorosa de Dios al hombre, y del Hombre a Dios en glorificación de cuenta redención que Cristo realizó, de cómo y cuánto nos ama en derramamiento de amor misericordioso; y de cómo y cuánto ha querido y ha sido capaz de padecer experimentalmente en su humanidad, no sólo en su cuerpo sino en su alma, por medio de lo más costoso, dramático y doloroso que Cristo pudo sufrir durante su duro peregrinar sobre esta tierra, al sentirse voluntaria y libremente y en demostración del amor con que nos ama, como rechazado de Dios, sin ser ni poder nunca ser rechazado El que Es y tiene por su Persona divina, un sólo, único y mismo ser con el Padre y el Espíritu Santo.

Prodigio, prácticamente imposible, que fue realizado por la magnificencia del poder de la gloria del Todopoderoso, que es capaz de ser y estárselo siendo todo cuanto es, puede y quiere, pudiendo ser todo lo infinito en infinitud; y de realizar hacia fuera lo imposible para hacer posible que Dios, al querer hacerse hombre, uno de nosotros, con todas sus consecuencias, para redimirnos, experimentara en su drama de amor, al cargar con nuestros peca-

dos, lo que supone perder a Dios y sentirse rechazado por Él.

¡Gracias, Jesús! Yo sabía algo de cómo y cuánto nos amabas; pero lo que no he podido ni sospechar hasta este día, bajo la luz de tu infinito pensamiento en la grandeza de tu realidad, es lo que eres capaz de hacer y padecer para demostrármelo.

Siendo el Hombre Dios, que teniendo en ti «toda la plenitud de la Divinidad»²⁵, ante la mirada de los que no te conocen, eres capaz también de soportar que la mente del hombre, oscurecida y entorpecida al no conocerte y, por lo tanto, no comprenderte en la grandeza de tu sublime y subyugante realidad, siendo tan Dios como Hombre por la unión de tu naturaleza humana con tu naturaleza divina en la Persona del Verbo;

voluntaria o involuntariamente desdibuje tanto tu realidad divina, que se atreva a desacralizarte, llegando en su entorpecimiento a profanarte, presentándote sólo casi como un hombre más, por no penetrar que en ti «habita la plenitud de la Divinidad».

Convirtiéndose de este modo la mente del hombre, ofuscada y entenebrecida, en piedra de escándalo y ruina de las almas; no reconociendo que «Dios lo levantó sobre todo, y le concedió el “Nombre-sobre-todo-Nombre”, de modo que al nombre de Jesús toda rodilla se doble –en el Cielo, en la Tierra, en el Abismo–

²⁵ Col 2, 9

y toda lengua proclame: “¡Jesucristo es Señor!” para gloria de Dios Padre»²⁶.

Ante lo cual anonadada, aplastada bajo el peso de mi miseria, delirante de amor y ternura, quiero, Jesús, besar tu costado abierto, tus manos taladradas, tu cabeza chorreando sangre y coronada de espinas en ultraje sacrílego de la flagelación; y recibir con María, tu Madre Santísima, al pie de la cruz, la gloriosa y santísima redención para que me repare, perfeccione y santifique.

De forma que, en retornación de respuesta amorosa al derramamiento de tu amor en manifestación de derroche de misericordia sobre la humanidad; repita el ofrecimiento de la inmolación de mi vida como en el año 1959, cuando vi a la Iglesia cubierta con un manto de luto, y desgarrada, reclamando mi respuesta de compasión y amor. Ante lo cual me ofrecí como víctima al Amor Infinito por la Iglesia Santa para ayudarla.

Y el día de la Epifanía de 1970, también Dios me la volvió a mostrar tirada en tierra y llorosa, jadeante y encorvada, como sentada sobre una piedra, que volviéndose hacia mí me pidió ayuda. ¡Qué día de Reyes más triste, más desolador y más amargo! ¡Ayuda a mí!, la última, más pequeña, pobre, desvalida e incomprendida de las hijas de esta Santa Madre; que sintiéndose y siendo más Iglesia que alma, antes

²⁶ Fil 2, 9 ss

dejaría de ser alma que Iglesia Católica, Apostólica y Romana;

Dando gloria al Padre, gloria a ti, Verbo Encarnado, Jesús Santísimo, y gloria al Espíritu Santo, en mi victimación incruenta o cruenta, según tu voluntad lo determine para mí, que siempre será lo mejor.

Para, en derramamiento de mi maternidad universal, en ti y por ti, y bajo el regazo de tu Madre Santísima, dar vida a las almas en el silencio de la inmolación en que me encuentro; procurando que llenen el único fin para el cual han sido creadas, llevando al Seno del Padre las máximas que me sea posible, y puedan llegar a ser hijas de Dios, partícipes de la vida divina y herederas de su gloria.

¡Gracias, Jesús! por cuanto hoy me has manifestado, pero yo no soy digna, aunque sé que tus misericordias no tienen fin, porque son eternas, y porque, a mayor miseria, más grande y abundante misericordia.

Por eso mi alma, con Nuestra Señora toda Blanca de la Encarnación, toda Virgen, toda Reina, toda Señora, y toda Madre dolorosa al pie de la cruz, quiere vivir con Cristo y Éste crucificado, y morir en mi grito de lucha incansable:

¡Gloria para Dios! ¡Vida para las almas! ¡Sólo eso! ¡Lo demás no importa!

15-2-2001

¡BIENVENIDO SEA EL HOMBRE AL SENO DEL PADRE!

Con la consumación de la restauración del hombre caído, mediante la inmolación cruenta del divino Redentor, manifestación majestuosa de la excelencia del Infinito Poder en un derroche de su amor eterno para la gloria de su Nombre y salvación de las almas; culminó la Redención del Mesías prometido a los Santos Patriarcas y anunciado por los Profetas del Antiguo Testamento, como Cordero inmaculado que fue inmolado para quitar los pecados del mundo; tras lo cual vino la resurrección y la vida por el triunfo de Cristo resucitado:

«Subimos a Jerusalén, y se cumplirán todas las cosas escritas del Hijo del hombre, que será entregado a los gentiles, y escarnecido e insultado y escupido, y después de azotado le quitarán la vida y al tercer día resucitará»¹.

Y mientras que «el velo del templo se rasgó de arriba a abajo en dos partes, y la tierra tembló, y se hendieron las rocas, y se abrieron los monumentos, y muchos cuerpos de santos que habían muerto resucitaron, y, saliendo de los

¹ Mt 20, 18-19

sepulcros, después de la resurrección de Él vinieron a la ciudad y se aparecieron a muchos; y el centurión y los que con él guardaban a Jesús, viendo el terremoto y cuanto había sucedido, temieron sobremanera y se decían: “verdaderamente Éste era Hijo de Dios”²;

mientras que Jesús, dando una gran voz dijo: “Todo está cumplido”, e inclinando la cabeza entregó el espíritu³;

el alma del divino Crucificado triunfante y gloriosa, remonta su vuelo en triunfo de majestad soberana, y liberando a los Santos Padres que estaban esperando su santo advenimiento y llevándolos tras de sí, llega a los Umbrales anchurosos de la Eternidad abriéndolos con el fruto de su redención gloriosa como Rey de Reyes y Señor de los que dominan, entrando en la gloria; y con Él el cortejo nupcial de una multitud de cautivos, tras los cuales entrarán ya los demás hombres.

¡Qué día más grande! Ya entró en el Cielo el alma del Primogénito de los hombres.

¡Qué día de fiesta tan terrible...! ¡Qué fiesta tan pacífica! ¡Qué paz tan grande e inalterable!

¡Qué sábado de triunfo tan glorioso!, en el cual el alma del Unigénito de Dios, que al mismo tiempo es el Hijo del Hombre, abre por el fruto de su Redención los Portones suntuosos de la Eternidad, cerrados desde el Paraíso terrenal por el pecado en rebelión de nuestros

² Mt 27, 51-54

³ Jn 19, 30

primeros Padres; y se alzan las antiguas compuertas ante el paso impetuoso de irresistible poderío del alma del Unigénito de Dios inmoldado, en triunfo de gloria.

Mientras que un jubiloso himno de alabanza resuena por los ámbitos del Cielo y hasta los últimos confines de la tierra:

«Portones, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas, que va a entrar el Rey de la gloria.

¿Quién es ese Rey de la gloria?

Es Yahvé, fuerte y poderoso, es el Señor héroe de la guerra.

Portones, alzad los dinteles, que se alcen las antiguas compuertas, que va a entrar el Rey de la gloria.

¿Quién es ese Rey de la gloria?

Yahvé de los Ejércitos, Él es Rey de la gloria»⁴.

El Ungido de Yahvé, ante el cual los Ángeles de Dios adorando, llenos de expectación en júbilo glorioso, contemplaban el alma del Cristo que, triunfante, abría por el fruto de su Redención con sus cinco llagas el Seno del Padre; trayendo detrás de sí al júbilo eterno la cohorte gloriosa y triunfante de los Antiguos Padres: Abraham, Isaac y Jacob con los santos Profetas, con los hermanos de raza de Cristo del Pueblo de Israel, elegidos primogénitos para ser depositarios de las promesas de Dios al hombre, y con la legión de cautivos rescatados por el

⁴ Sal 23, 7 ss

precio de su sangre y que esperaban su santo advenimiento.

Oyéndose en las alturas de los ámbitos anchurosos de la Eternidad como un himno de triunfo:

¡Bienvenido sea el Hombre que ha abierto con sus cinco llagas el Seno del Padre!

Ya se cumplieron todas las promesas de la Antigua Alianza de Dios con la humanidad, siendo Cristo la Promesa cumplida y terminada en triunfo glorioso y definitivo de conquista de gloria, que entra en la Eternidad vencedor del pecado y triunfador sobre la muerte.

Mientras que mi alma, siendo introducida por Dios en aquella cámara nupcial en compañía de los Ángeles y bajo la anonadación, trasbordada de sorpresa indecible e indescriptible, y delirante de amor y de gozo; contemplaba, penetrada de la sabiduría amorosa del Infinito Ser y trascendida y levantada por la mano poderosa de su coeterna soberanía llena de poder y majestad, para que de algún modo lo pudiera manifestar aunque bajo la limitación de mi pobreza y la ruindad de mi nada: el espectáculo más grandioso, triunfal y sorprendente que se haya podido realizar ante el triunfo del alma del Hombre entrando en señorío eterno, como el Unigénito del mismo Dios, en la gloria de la Eternidad.

Por lo que hoy bajo el impulso del Omnipotente y por el poder de su gracia, que, del modo que Él sólo sabe me introduce en sus misterios para que los manifieste; expreso algo

—tan sólo de lo que me es posible bajo el pudor espiritual de mi alma-Iglesia y como el Eco de esta Santa Madre antes de irme con Cristo a la Eternidad— de cuanto mi alma vivió y contempló el 28 de marzo de 1959, sumergida en el misterio de la entrada del alma de Cristo en la gloria, y cobijada en el regazo de la Virgen bajo el amparo de su Maternidad divina, hecha una cosa con Ella, e invadida de la luz de la contemplación de María.

La cual trascendida, en paso veloz, cual Reina y Señora, penetraba, sobrepasada de amor, júbilo y adoración, en el misterio de la entrada del alma de Cristo, su Hijo, en la Eternidad.

Transcribiéndose hoy algo de lo que ahondada en el misterio Dios me hizo vivir aquel día en profunda veneración de contemplación amorosa en sabiduría sapiencial de reverente y profunda adoración.

«¡Ay María...! Ella, en el momento que Jesús subió al Padre, unida al alma de su Hijo, participó de una manera tan sobreabundante y subida, traslimitada por el gozo del Espíritu Santo, de la alegría, felicidad, gloria y gozo dichosísimo del alma del Unigénito de Dios y su Hijo entrando en la Eternidad.

Y a pesar de estar María en el destierro, su alma, trascendida y traslimitada, estaba con la de su Hijo; motivo por el cual la Virgen no necesitó ir al sepulcro... [...]»⁵ Pues antes que a na-

⁵ Con este signo se indica la supresión de trozos más o menos amplios que no se juzga oportuno publicar en vida de la autora.

die a Ella se le apareció el Señor el día de la resurrección.

Porque Jesús metió a su Madre Santísima de tal modo en los misterios de su vida, muerte y resurrección, que, antes que a nadie se le descubrieran, Ella los vivía en contemplación amorosa de gozo o dolor en la unión participativa del misterio del Unigénito de Dios y su Hijo.

Por eso María, con la muerte de Jesús, descansó, ante la voluntad del Padre cumplida y la glorificación de su Hijo y de su Dios.

María estaba contemplando la entrada del Hijo de Dios y su Hijo en el Cielo, mientras que moraba en la tierra, como Madre de la Iglesia, con los Apóstoles.

Hoy el Cielo está de fiesta, porque ha entrado Jesús en él y ha empezado la Iglesia gloriosa; pero la tierra está de luto porque los hombres han matado al Hijo de Dios, el Mesías prometido y anunciado por los santos Profetas, y los Apóstoles no sabían el gozo que Él tenía, mientras que María lo contemplaba llena de gozo indecible, inundada del amor del Espíritu Santo. Y por ello gozaba con Jesús y sufría con los Apóstoles; gozaba, como Madre de la Iglesia, con la Iglesia gloriosa, y sufría con la Iglesia penante y dolorida.

¡Qué grande y desconocida es María con relación a los planes eternos de Dios sobre Ella...!»

«[...] ¡Oh, qué día más grande...! ¡Cuánta fiesta...! [...]

El alma de Jesús sale corriendo..., corriendo...

¡Qué corte...! ¡Qué corte lleva Cristo detrás...! [...] ¡Qué corte...! ¡Como un novio el día de sus bodas...! ¡Es la Iglesia triunfante...!, Nueva y Celestial Jerusalén, restaurada por la Sangre del Cordero.

¡Qué corte tan interminable...! ¡Qué cánticos de gloria...! ¡Qué júbilo...! ¡Qué júbilo...!

¡Se rasgó el velo del templo porque se abrió el Seno del Padre!

¡El alma de Cristo, en el Seno del Padre, como Verbo y como Hombre, gozándose...! Su cuerpo reposa en el sepulcro...

¡Se rompió la antigua ley al rasgarse el velo del templo...! Cristo ha perfeccionado la ley al reventar en la cruz... “¡Todo está consumado!”

¡Ya sale cantando la Iglesia triunfante la Nueva Alianza por Jesús...! ¡Se abrieron las Puertas de la Eternidad con las llagas del Cordero...! ¡Se rompieron los cerrojos de bronce con el triunfo del Verbo Encarnado...! ¡Se abrazaron Dios y el Hombre en Cristo en el triunfo invencible y definitivo de la Eternidad!

“¡Gloria a Dios en las alturas...!”⁶ Cristo Hombre entra en la Gloria seguido de una corte... Pero ¡qué corte lleva Cristo tras de sí, tan triunfante y tan gloriosa...!

¡Qué día más grande...! ¡Qué compuesta está la Iglesia y qué contenta entrando con Jesús en

⁶ Lc 2, 14

el Cielo...! ¡Y yo tan pequeña, despavorida y temblorosa, lo estoy contemplando por ser Iglesia, bajo el amparo de la Maternidad de María...!

¡Qué corte lleva Cristo...! Es la Iglesia triunfante, Jerusalén Celeste, regada y bañada con la sangre del Cordero, que hoy empieza su triunfo glorioso en compañía de los Ángeles de Dios. Hoy entra Cristo seguido de la corte de todos los Padres antiguos.

“¡Gloria a Dios en las alturas!” cantan los Ángeles. ¡Todos se postran ante el Hombre...! Todos los Ángeles se postran ante el Hombre-Dios que entra en el Cielo triunfante.

“Gloria a Dios en las alturas...” ¡Gloria a Dios! ¡Gloria a Dios por el Hombre...!

Ya el Hombre está en el Seno del Padre gozando de la gloria de Dios, como Dios y como Hombre...

¡Bienvenido sea el Hombre al Seno del Padre...!; el Hombre que abrió con sus cinco llagas el Seno del Padre por el derramamiento de su sangre divina, cual Cordero inmaculado, en el ara de la cruz.

¡Oh! ¡El Hombre más que el Ángel...!

¡Oh...! ¡Los Ángeles adoran al Hombre-Dios! ¡Y todos se abrazan postrados en adoración de amor ante el Hombre-Dios llagado, que ha sido escarnecido...! [...] ¡Todos adoran al Hombre-Dios que, por el derramamiento de su sangre, rescató al hombre caído, levantándonos, como Primogénito de la humanidad, a la dignidad de

ser hijos de Dios en el Hijo y coherederos con Él y por Él de su misma gloria...! [...]

¡Pero qué alegría más grande en el Cielo...!

El Hombre-Dios entra gozoso en el Seno del Padre con sus cinco llagas abiertas para derramar por ellas las gracias a los hombres.

María se queda todavía en el mundo, contemplando...

¡Qué gozo! Yo contemplo con María la gloria de Jesús.

¡Qué dichoso Jesús en el Seno del Padre...!
¡Gloria a Dios...! ¡Qué gozo! [...]

¡Qué silencio hay en el Cielo y qué fiesta...!
Es un silencio inefable.

¡Qué cántico de júbilo silencioso...!

¡Todo el Cielo estático, adorante ante el Dios llagado...!

El Hombre ha dado a Dios toda la infinita gloria de reparación que Él se merece, y deja su costado abierto, manantial de agua viva que salta del Seno del Padre por Cristo a los hombres...

Con Cristo empieza la Iglesia triunfante...
Hija de Jerusalén, avanza gloriosa como Esposa del Cordero inmaculado, que no habrá quien se ponga delante y corte tu paso de Reina.

¡Es la primera la Iglesia triunfante...! ¡Qué gozo...! ¡Qué gozo...!

¡Gloria a Dios en el Cielo...! ¡Ya se abrió el Seno del Padre para todos los hijos de buena voluntad...! ¡Nunca más se cerrará...! Cristo lo

ha abierto... y está esperando a todos los hombres... Él lo abrió y se puso en la "puerta" con los brazos extendidos, para que nunca más se cierren los Portones suntuosos de la Eternidad...

[...] ¡Qué contenta y jubilosa está mi alma en este día de gloria...!

¡El Hombre cantando a Dios el cántico nuevo, el cántico magno del amor...!

El alma de Cristo, perfecta y acabada, le canta a Dios el cántico nuevo, el cántico magno que sólo Él puede cantar...

Ya el hombre está cantando redimido, y el Padre mira a los hombres con amor. Cada hombre le habla de su Cristo y está injertado en Él; y al abrazar a Cristo en su Seno, abraza a todos los hombres.

Ya el hombre tiene una tonalidad nueva y distinta, y ofrece al Padre con Cristo, por Él y en Él, en sacrificio infinito, la sangre del Cordero inmaculado...

¡Ya se rompieron las normas de la antigua ley, el símbolo del Cordero Pascual...! Ahora es Cristo el Cordero inmaculado que, en oblación perenne, se ofrece al Padre por los hombres.

¡Está cantando toda la tierra en el Hombre-Dios! ¡Toda la tierra está de color de rosa...! ¡Tiene una tonalidad nueva y distinta! [...]

Todo está de fiesta, el Cielo y la tierra: el Cielo, porque entró el Hijo del Hombre; y la tierra porque ya tiene quien responda y glorifique a Dios por ella...

[...] Hoy todo es adorar... Estoy adorando y contemplando...

¡Pero qué bonita está la tierra...! ¡Qué canto de júbilo le canta el Hombre a Dios...! ¡Qué triunfante...! ¡Qué triunfante se abre el Seno del Padre para que entren los hombres...!

¡Oh, pero qué silencio...! Todo el Cielo en silencio... ¡Qué gozo...! ¡Oh, lo que es el hombre delante de Dios...! ¡Dios mío, lo que es el hombre por Cristo...!

¡Oh...! Los Ángeles ministros de Dios, ¡y los hombres hijos de Dios...! Los Ángeles adoran al Hombre con las alas extendidas –sin alas–, [...] rostro en tierra... –sin rostro–; inclinados hasta el suelo... –sin suelo–. ¡En el Cielo no hay suelo...! Adoran desde lo más profundo de su anonadamiento al Hombre Dios que, por la realeza de su infinita excelencia, abre con sus llagas el Seno del Padre...

Ya entra el Hombre en el Cielo, y entra como Hijo del Rey, no como ministro; y cada hombre es un hijo de Dios por Cristo. Y el Padre recibe con gozo la Misa, porque recibe a su Cristo, a su Verbo...

Cada Misa es el Sacrificio incruento de Cristo, del Hijo de sus complacencias... ¡Ya entró en el Cielo el Hijo de Dios hecho Hombre y el Hijo del Hombre que es Dios...!

¡Y qué cara de contento tiene el Padre...! ¡Y qué contento está Dios viendo a su Verbo...! ¡No puede negar nada al hombre...! ¡Se ha

abierto para los hombres la Fuente de la Vida, los Manantiales de la Divinidad en torrenciales afluentes de vida divina que sale como una carata por Cristo, por los Sacramentos...!

¡Qué día de tanta gloria...! ¡Qué contento está el Padre viendo en el Cielo y en la tierra al Hijo muy amado en quien tiene puestas todas sus complacencias...! ¡Todas...!, ¡todas sus complacencias en el Hombre-Cristo...!

¡Todas...! ¡Todas...! ¡No queda ninguna complacencia para nadie...! Todas para el Verbo... Y como el Verbo es Hombre, todas sus complacencias para todos los hombres que injertados en Él, son el Nuevo Pueblo de Dios, Asamblea Sagrada, “la raza elegida, el sacerdocio real, la nación consagrada, el pueblo adquirido por Dios para proclamar las hazañas del que nos llamó a salir de la tiniebla y a entrar en su luz maravillosa”⁷, lavado y rescatado con el precio de su sangre divina derramada, que quita los pecados del mundo.

El hombre es más que el Ángel, por Cristo, porque Él es el Hijo amado del Padre, y Cristo no se hace Ángel, se hace hombre; no se hace Ángel para redimir a los Ángeles que también habían pecado.

Y al ser el Verbo Hombre, el Hombre tiene un mérito infinito y por eso el Hombre-Dios hace al hombre hijo de Dios y heredero de su gloria; menos al hombre rebelde que no quie-

⁷ 1Pe 2, 9

re aprovecharse de su Sangre, de sus méritos ni de su redención; pero ese hombre rebelde, si viene a la Fuente de la Vida, quedará con todas las gracias de los verdaderos hijos.

[...] ¡Oh, qué gozo...! ¡Estoy contemplando llena de estupor, anonadamiento y santo temor de Dios, trascendida de todo lo de acá [...] cuando Jesús entró en el Cielo...! ¡Estoy contemplando [...] hace veinte siglos entrar el alma de Jesús en la Eternidad...! Estoy contemplando el alma de Cristo entrando en el Cielo el Sábado de Gloria...; [...] ¡el momento de subir el alma de Cristo!; ¡lo que es Cristo...!, lo que hacen los Ángeles al entrar el Hombre..., lo que es el hombre para Dios; no es ministro, es hijo y heredero de su gloria...

El hombre, por Cristo, contempla con el Padre, canta con el Verbo y se abrasa en amor con el Espíritu Santo...

¡Ésa es la vida de la Gloria...! ¡Hijos de Dios...! Los Ángeles ministros... ¡Qué alegría...! El Hombre es Dios y los Ángeles adoran al Hombre que abre con sus cinco llagas el Seno del Padre... [...] Ya que el Hombre es el Verbo del Padre, Encarnado.

[...] ¡Qué silencio...! ¡Pero qué silencio...! ¡Pero qué silencio...! Dios se es el Inmutable en su júbilo de amor y gozo infinito y coeterno.

¡Ay... cómo entra Cristo en el Cielo...! ¡Ya entra Cristo en el Cielo, tan contento! ¡Y qué

contenta y qué compuesta entra la Iglesia gloriosa con Cristo...!:

“Ya entra la princesa, bellísima, vestida de perlas y brocado; la llevan ante el Rey, con séquito de vírgenes, la siguen sus compañeras: las traen entre alegría y algazara, van entrado en el Palacio Real.

‘A cambio de tus padres tendrás hijos, que nombrarás príncipes por toda la tierra’.

Quiero hacer memorable tu nombre por generaciones y generaciones, y los pueblos te alabarán por los siglos de los siglos”⁸.

[...] El rasgarse el velo del templo es el símbolo de que Jesús con su muerte abrió el Seno del Padre, abriendo las compuertas majestuosas y suntuosas en gozo eterno de triunfo de gloria, rasgando el Seno del Padre que estaba cerrado... Y con su muerte se rompió la antigua ley para empezar la Nueva Alianza, prometida a nuestros primeros Padres, a Abraham, Isaac y Jacob, anunciada por los santos Profetas, donde Dios vivirá ya siempre abrazando al hombre que le perdió por el pecado original: “Ellos serán mi Pueblo y Yo seré su Dios”⁹.

¡Qué silencio...! ¡Es el gozo de Dios silencioso...!

¡Todo el Cielo está en silencio!, aunque esté de fiesta en el día glorioso y triunfante de la

⁸ Sal 44, 14-18

⁹ Ez 36, 28

entrada del alma del primer Hombre en las Mansiones suntuosas de la Eternidad.

“¡Feliz culpa que nos mereció tal Redentor!”, el cual está sentado a la diestra de Dios ante la expectación gozosa de todos los bienaventurados que, en compañía de los Ángeles, entonan el himno de alabanza que sólo a Dios y al Cordero se le puede cantar:

“Vi y oí la voz de muchos Ángeles en derredor del trono y de los vivientes y de los ancianos; y era su número de miríadas y miríadas y de millares de millares que decían a grandes voces:

Digno es el Cordero, que ha sido degollado, de recibir el poder, la riqueza, la sabiduría, la fortaleza, el honor, la gloria y la bendición.

Y todas las criaturas que existen en el cielo y sobre la tierra y en el mar y todo cuanto hay en ellos oí que decían: Al que está sentado en el trono y al Cordero la bendición, el honor, la gloria y el imperio por los siglos de los siglos”¹⁰.

¹⁰ Ap 5, 11 ss